

FRANCISCO ESPINOLA

ANTOLOGIA



1957

~~2170~~
FRANCISCO ESPÍNOLA



ANTOLOGÍA

INSTITUTO NORMAL
"ELIA CAPUTI DE CORBACHO"
SAN JOSE
BIBLIOTECA
Código 18.1
Nº DE ORDEN: 6083
E.



COMISION DEPARTAMENTAL
DE BIBLIOTECARIOS
—
SAN JOSE

Homenaje del Liceo Departamental
San José.—Uruguay
1 9 5 7

5762

G R A B A D O S

HERMENEGILDO SABAT

Caricatura de Espínola

JUAN CARLOS CIOCOLO

Saltoncito

DUMAS OROÑO

Todavía no.

La infancia de Carlín.

La Comisaría

Las Ratas

Los Cinco.



"Adiós; volveré en seguida, que es cor-
to el tiempo y es larga la tarea"

Espínola.

El Liceo Departamental quiere prestar homena
en nombre del pueblo de San José, al escri-
tor maragato Francisco Espínola. Para ello, ofre-
esta síntesis de la obra del valioso conterrá-
o.

Si bien estas páginas carecen del primor de
edición lujosa - que sería de rigor - se va-
n, en cambio, como fruto imponderable de un
bajo cumplido con entusiasmo.

Espínola, que ha ahondado tan lúcidamente la
obra humana, y conoce la dimensión de nuestro
avor, sabrá comprender, con seguridad.

Y hoy que ha vuelto, cumplida su misión, hen-
da su medida de hombre y de creador, sentirá
no esta Casa se enorgullece de él, y cómo San
José le rinde un reconocimiento definitivo.

I N D I C E

RAZA CIEGA

Todavía no.Pág.1

SALTONCITO

El encuentro con Flor del
Nenúfar.Pág.35

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

La infancia de Carlín. ...Pág.47

LA FUGA EN EL ESPEJO

Recuerdos de horas dichosas.Pág.59

EL RAPTO

Los Cinco.Pág.67

MILON

O EL SER DEL CIRCO

El Contorsionista.Pág.81

DON JUAN EL ZORRO

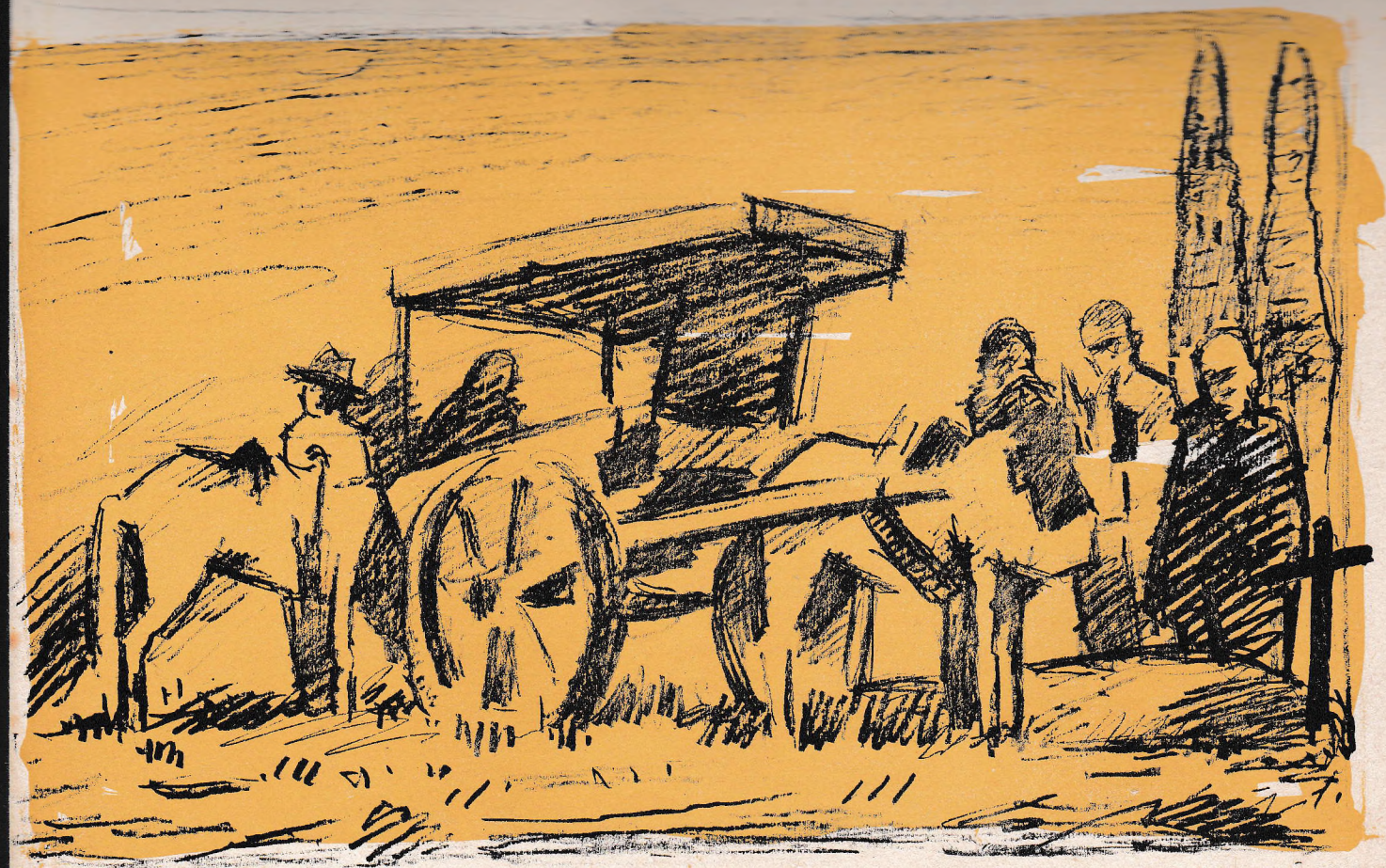
La Comisaría.Pág.93

CRITICA

Nación y País.Pág.119

RECUERDOS DE INFANCIA

Las Ratas.Pág.125



RAZA CIEGA

T O D A V I A N O



Al pararse el carro que llevaba el cajón, el bartojo se paró, también. Uno tomó las riendas del caballo del único doliente quien, recién entonces, se bajó. El sombrero sobre los ojos, la barba descuidada, envuelto en el poncho negro, dio éste algunos pasos, como dormido, sin saber dónde debía situarse.

Estaban ya con la pala traída en el carro. Dos hombres, cogiendo el cajón por los extremos, lo bajaron y lo pusieron en el suelo. Advirtiendo lo liviano que era, uno de ellos exclamó: «¡Pobre estaba ya como un pajarito!...

Y cortó la frase, tornándose como, menos el doliente, todos, al oír un galope.

«¡Son los Pérez,»-dijo uno.

Eran los Pérez que, demorados quién sabe por qué cosa, recién llegaban al entierro.

-Te acompaño en sentimiento, Vicente--dijeron a su vez los dos hermanos.

Vicente, sin mirarlos, sacó de abajo del poncho su mano blanca y fría para que la estrecharan.

Después, volvió a esconderla con los ojos siempre fijos en el suelo. Allí, delante, entre el pasto verde, el pozo se estaba haciendo cada vez más grande. Pero crecía con lentitud desesperante. Los hombres se turnaban y no acababan nunca. Vicente, de buena gana, se hubiera retirado unos pasos para no sentir el olor a tierra, que le hacía el efecto de estarla comiendo, de tenerla en la garganta. Y no sacaba los ojos del hueco donde, hasta las rodillas ya, se metía el que poceaba.

-Deme, le voy a dar una mano-se ofertaba alguno, arrebatando la pala. Y la dejaba caer, y la hundía más, a fuerza de pierna.

Todos se fueron amontonando alrededor de Vicente. y del pozo, daban indicaciones, se ofertaban hablando de cualquier cosa. Al lado del carro el cajón quedó abandonado.

Cuando la fosa estuvo dispuesta, alguien miró para todos lados, sobrecogido de inquietud al acordarse del "cuerpo" y no hallarlo...

El cajón fue puesto sobre un manecador doblado. Todo el mundo, entonces, se llevó la mano al sombrero.

La cara de Vicente estaba blanca; blanca como si el corazón, cuyo frío sentía, le hubiera negado sangre.

- ¿Destapamos, hermano?-consultó en voz baja Pedro Ibarra.

Con los ojos tan abiertos que parecía no ver nada, Vicente alzó los hombros lentamente y los dejó caer de golpe, con fuerza, echando atrás la cabeza. Y los volvió a alzar y se quedó así, sin hablar palabra.

-Bueno, mejor no destapamos. Mejor no destapamos.

El cajón quedó metido en la fosa.

Pedro, el primero, besó un terrón y lo arrojó sobre el ataúd. Vicente besó otro y lo dejó caer. Todos siguieron tirando tierra. Aquello resonaba como sordo tambor. Hasta que no sonó más porque los terrones caían ya sobre terrones. Entonces, con la pala, se acabó de tapar.

Los que desde allí iban a tomar otro rumbo que el de Vicente y los Ibarra, en cuya casa él pasaría los primeros días, antes de montar se despidieron. Los demás, mientras les venía bien el camino, fueron acompañando al doliente. Los vecinos se abrieron al llegar al "bajo de Cuevas"; don Seinaldo y Eusebitito, antes de pasar el arroyo; después que lo vadearon, los cinco Echeverrý... Allí que, cuando llegaron a lo de Ibarra, sólo iban con ellos los peones, el pardo Luna, el viejo Eustaquio y don Marcial.

-¿No gustan abajarse a amarguiar?-invitó uno de los Ibarra.

Agradecieron los jinetes y, ofreciéndose a Vicente para lo que precisara, se despidieron y siguieron trotando.

..

Los Ibarra, que eran como hermanos con Vicente, habían decidido que pasara allí los primeros días. El, por lo único que aceptó fue por no hablar, por no negarse, sabiendo que le iban a hacer instancia. Al principio, creyó que era lo mismo estar en su casa que en la de sus amigos. Después, vio bien claro que lo que él quería y necesitaba era estar solo. Pero ...

En cuanto se sentaron, la madre de los Ibarra, Jesusa, recién llegada, después de haber cerrado todo, de la casa de la difunta, sirvió a Vicente una gran taza de leche caliente y un pedazo de pan con grasa.

-Tomá, mi hijo. Desde ayer casi no probás nada. Con eso, lo que harás es agarrarte una enfermedad.

La boca de Vicente se crispó como para llorar, los ojos le ardieron al brillar llenos de

agua, pero se contuvo. Cuando inclinó la cabeza sobre la taza, mirándola sin verla, dos lágrimas cayeron en la leche.

-¡Tomo, m'hijo! ¡No sea así!-insistía la anciana.

Sin ganas ningunas, pero sin voluntad para nada, Vicente fue, despacio, tomando toda la leche, comiendo todo el pan. Después, cuando doña Juana pasó a su lado, le entregó la taza.

El menor de los Ibarra, Pedro, que mateaba con la caldera entre las piernas, le ofreció:

-¿Querés un mate?

-Bueno.

-Mirá, tenés nata en el bigote.

Vicente buscó torpemente en sus bolsillos.

sacó todo lo que en ellos había. Hasta que encontró el pañuelo y se limpió. Luego, empezó a sorber el mate.

-¿Querés armar?

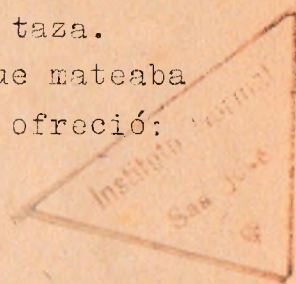
-No, yo tengo.

-Pero negro. Mejor fumá blanco.

-No, blanco no; no le sienta gusto.

Armó un cigarro y se puso a fumar.

¡Ah, si no le hablaran!, ¡si no le preguntaran nada!, ¡si lo dejaran quieto!, él se sentía envolver por tantos recuerdos...Y a cada momento le cortaban los hilos. "Y esos ojos que tenía



siempre... Ojos de ... ¡Sí, igualitos, igualitos! De oveja desangrándose, de oveja..."

-¿Pero y Alberto? ¿Qué se ha hecho? - interrumpió Pedro.-Quedó desensillando y ...¿Mama, y Alberto?

-Agarró p'al bajo.

-¿De a pic?

-No, en el oscuro.

-Pero, ¿y qué diablos fue a hacer?

El pobre Pedro, no encontrando de qué hablar, decía cualquier cosa, porque le inquietaba el silencio al lado de su amigo. Quería distraerlo, hacerlo mover... Y, al momento, volvía:

-¡Pucha, mire que este Alberto!...

"Tan santa - pensaba Vicente.-Yo con ella fui un sabandija. El finao, no digo...Tenía sus preocupaciones y... se olvidaba de cómo tenía que ser con ella. ¡Pero yo! ¡Yo, de gusto! ¡Qué cosa! ¡Qué cosa!"

-¿Está frion?

-No, todavía...

-Sí, está frion. Vamos a traer la otra caldera y lo damos vuelta.

Sin alzar la cabeza, Vicente miró hacia la puerta para ver quién entraba. Y vio a Carmen, la hermana de los Ibarra.

-¿No quiere un poco de leche, Vicente? - pre

contó la joven, acercándose compasiva.

7

-No. Recién me dio doña Jesusa.

-¿Ah, sí?...Pero mal no le va a hacer otro poco.

-No, gracias.

-¿Y un poco de pan y queso? Se va a pasar de habilidá. Desde ayer no prueba nada. Quiere, ¿eh?

-No, gracias. Estoy mateando.

Y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo, un esfuerzo que lo hizo temblar, para no incorporarse y echarlos a la puta a todos y salir campo afuera. Pero este arranque injusto lo aplastó más. No había nada que hacerle: él era malísimo. "¡Mire que mojarme con los Ibarra! ¡Si soy peor que tigre!"

-Tome, está como nuevo - dijo Pedro alargando el mate.

Ante lo cariñoso de la voz, Vicente exclamó bogadamente:

-¡Yo les agradezco, hermano, cómo son ustedes conmigo!

-Pero dejesé de amolar, pues.-Y palmeándole el hombro - Bueno-agregó el amigo -, hay que ser fuerte, hermano. Hay que dominarse.

-¡Pucha que son buenos ustedes conmigo!

La tarde caía insensiblemente. Balaban los buecos encerrados en el corral, separados de sus madres, que andaban por el campo tragando para la leche. De cuando en cuando, alguna, al coparse entre los balidos con el de su hijo, lanzaba un mugido hondo, resignado.

Como gasas violetas caían sobre el mundo.

Alberto llegó al fin.

-El azulejo anda manco.

-¿Eh?

-Sí. Estaba desensillando y lo vi de lejos y me pareció. Fui, y está manco, no más. Seguramente, alguna patada.

-Ha sido el rosillo. Es un animal idioso. En fija que fue él. ¡Pucha, mire que es idioso!... seguía Pedro, dando al hecho, con tal de hablar, una importancia que no tenía.

-Y ¿qué tal? dijo Alberto, dirigiéndose a Vicente.

Este, sin saber qué decir, alzando los hombros, respondió:

-Aquí andamos, caminando.

Cada vez sentía más ganas de estar solo. El dolor de cabeza le empezaba a zumbar, seguramente de tanto fumar y matear toda la noche y todo el día. Como la cocina esta demasiado oscura, habían encendido un candil. El olor que, desde el velorio, Vicente tenía todavía como pegado a las narices, olor a sebo, se acentuó más entonces y le hacía daño.

La vieja Jesusa, disponiéndose para la comida, arrimó al fogón unos troncos y animó el fuego, a soplidos por una larga caña hueca.

-¿Vamos a salir afuera? ¡Aquí hace un calor!...

-Por mí, vamos.

Se sentaron en el patio. Los hermanos charlaban tratando de mezclar a Vicente en la conversación. La muchacha y Jesusa también se sentaban a ocasiones. Vicente decía a veces cualquier cosa, porque le parecía que estaba mal permanecer tan callado; pero, en cuanto hablaba, le parecía que él no debía hablar. Además, se oía extrañamente, como si por su boca saliera la voz de alguien que no era él...

Cuando la comida estuvo pronta, se sentaron a la mesa en la misma cocina, porque Vicente no era de cumplimento.

Comieron en silencio. Arrepentido de su arranque de rabia contra los Ibarra, Vicente se sentía incapaz de contradecirlos en nada. Aguantando el estómago que se le rebelaba, repitió la sopa, repitió el asado y los fideos con leche.

El silencio sólo lo turbaba alguno de la familia para decir:

-Che, Vicente, metele a esta presa. Esa está media crudona.

-Si te gusta más gordo, avisá.

-¡Tome, m'hijo, otro poco!

Vicente hacía caso a todos. Comía gordo y flaco, crudón y tostado. Todo era lo mismo para

su estómago revuelto. De cuando en cuando alzaba la vista, y al que mirara lo encontraba con los ojos compasivos clavados en él. Sentía entonces un escalofrío. Y aunque con eso se mortificaba, volvía a fijarse de repente, en otro, esperando en que no lo mirara. Pero sus ojos se cruzaban siempre con otros ojos tristes que se ladeaban al verse sorprendidos.

Por fin se acostaron.

Y la carne, fatigada de tanto ajetreo, al poco rato le paró las ideas y lo hundió en el sueño.

..

Ya estaba alto el sol, cuando se despertó. Al principio se extrañó de ver una guitarra colgada en la pared, de hallar dos camas más, al lado de la suya. Después se acordó de todo.

La anciana, que lo espiaba de vez en cuando, al sentirlo despierto entró con un mate de leche.

-¡Pero caramba, se fue a incomodar, doña Jesusa!

-¡Valiente!

Se sentó en la cama. Mientras sorbía el mate, seguía la charla a doña Jesusa.

-Ahí abajo tenés unas alpargatas. Ansina no te ponés las botas y estás más cómodo.

-Sí, es mejor. ¡Pucha, deben de ser... como las ocho!

-No, m'hijo. Y con las malas noches que has pasado.

-Caí a la cama como plomo, le garanto.

-¡Me figuro, hijo'e Dios!

Carmen también entró en el cuarto. Vicente sonrió al oír sus palabras.

-¡Dormilón! ¡Mire qué horas!

-Me palpita que usted recién se levanta.

-¿Yo, mal agradecido? ¡Si ordeñé la leche que está tomando!

-Salí, mentirosa, haragana- terció Jesusa, riendo.- Bueno, vamos - ordenó cuando Vicente le entregó el mate -.Dejá que se levante.

El se empezó a vestir. Al calzarse una bota se acordó de las alpargatas y se la sacó para ponerse éstas. Después se lavó, se peinó y, recogiendo el sombrero, salió del cuarto.

El sol amarilleaba y daba a todo un temblor de oro. A lo lejos se veía el ganado, el río, los montes. Más cerca, las majadas adelgazadas por la esquila. Sintiendo un claro, ¡Rrrr! ... ¡Rrrr!.. miró hacia el patio. Carmen se rodeaba de patos y de gallinas, a los que echaba puñados de maíz

que llevaba en su delantal recogido por las puntas.

-¡Rrrr!...¡Rrrr!...

A galope tendido llegaban más gallos y gallinas y patos desde el campo. Estos últimos se desesperaban sintiendo que se pesadez los dejaba a retaguardia, y tornaban la cabeza para ver si se podían alegrar con llevarle la delantera a alguno.

-¡Rrrr!...¡Rrrr!...¡Rrrr!...¡No seas mala, ceniza, no piques!...¡Rrrr!...¡Rrrr!...Bataraza, ¡corró que te quedás afuera! ¡Salí gandul, glotón!
¡Rrrr!...¡Rrrr!...

Cuando ya le quedaba poco maíz, se dirigió hacia el opbú, donde una blanca gallinita ciega la esperaba sin moverse, sabiendo que llegaría. Carmen tomó un puñado y, acercándole la mano, la dejó comer.

-¡Pobrecita! ¡Lo que es allí no se puede estar! Se empujan, se pican ... ¡Pobrecita, si vas allí, te matan!

El pico de la ciega, cuando erraba el grano, le hacía cosquillas en la palma. Carmen reía.

-¡Chocha, estás chocha, mi querida!

Vicente se había quedado a unos pasos de la puerta. Ante aquello tan claro, tan puro que veía, las tinieblas que el sueño ahuyentó empezaron a

caer lentamente en su alma. Desde bien abajo, como quien pulsa lentamente, una por una, las cuerdas de su guitarra, así le fue viniendo la tristeza; grave, honda, confusa, cada vez más nítida, después hasta hacerse agudísima, desgarrante. De todos lados le subía el dolor para definírsele en la conciencia. Como en nubes espesas se elevaba hasta condensarse arriba...

- ¡Yo me tengo que ir a casa! ¡Yo me tengo que ir a casa! - sollozó.

Toda la mañana pasó repitiéndose lo mismo.

E, imponiéndose a todas, esa noche ya durmió en su casa.

..

• Los primeros días recorría el carrito, curaba alguna oveja, ordeñaba; hasta buscó y rebuscó unas hornas de hacer queso, que halló cuando ya había decidido no hacerlos... Pero se empezó a abandonar poco a poco, desentendiéndose de todo. Parecía que tenía adentro otro hombre que le examinaba su vida y que no lo dejaba un momento a solas. Cosas que antes habían impreso huellas en su espíritu, aparecían ahora extrañamente evocadas por un deseo que se gozaba en mortificarlo.

Desde niño le llamó la atención la mirada tris

te de su madre, mirada que no tenía la madre de los Ibarra —él, una vez, la fue a ver adrede— ni la del finado Tuquito, que fue tan amigo suyo. Al revés de aquéllas, su madre no le pegó nunca por ninguna diablura, y le ocultaba todo a su padre que, de pegar, pegaría con el rebenque, sin duda alguna. Desde gurí, pues, le pareció que su madre lo quería más que otras madres a sus hijos, porque a Pedro y a Alberto, doña Jesusa les "sacudía la badana" vuelta a vuelta. ¡Y en cuanto a Tuquito!... El niño se empezó a sentir atado a aquella mirada doliente que lo seguía a todas partes, aún hasta cuando estaba lejos de los ojos de su madre; a sentirse atraído, con ese motivo, a pensar en algo, como los círculos del agua agitada atraen hacia un punto invisible, bajo el agua misma.

Cuando su padre llegaba del campo y pedía el mate; cuando, estando en las casas, le gritaba que le trajese cualquier cosa, ella se atolondraba toda y se desesperaba por andar pronto. Vicente, un día, apenas andaría en los siete años, le preguntó, a solas, mientras ella lo tenía en las faldas, cosiéndole un trabón:

—Mama ¿usted le tiene miedo a tata?

—¡Pero m'hijito! ¡Por qué dice eso!— exclamó la madre con los ojos brillantes.—¡Eso no se di

ce! ¡Si no, Dios lo castiga! ¡Ya sabe, cuidadito!

¿Por qué dice eso, m'hijo querido!

-No - tranquilizó, sonriendo, el gurí- porque, si usted quiere, cuando yo sea grande lo dejamos solo y yo me la llevo pa mi casa.

Ella, muda, lo apretó contra su pecho, con la cabeza erguida y los ojos en lo alto, para no mirarlo. Un rato estuvieron así; él, prendiendo y desprendiendo un botón de la bata de su madre; ésta, con la vista opaca perdida en el azul profundísimo del cielo. Después, sin mirarlo todavía, musitó:

-Si usted vuelve a decir eso, yo no lo voy a querer más.

Cierta día, desde un rincón, vio que su padre, porque ella no le traía pronto los escarpines, le arrojó una bota por la cabeza. El niño soltó el llanto. Su madre, tapándose la herida con el pelo, corrió y lo alzó, conteniendo las lágrimas. El hombre, entonces, se acercó también, mostrando los dientes en una sonrisa forzada y horrible.

-¿Por qué llora, amigo? - dijo.- ¡No llore! ¡No sea bobo! ¿No ve qu'es jugando?

-¡Sí, jug...ando! ¡Cómo no!- sollozaba el gurí.

-¡Sí, m'hijo! ¡No sea bobo! ¡Jugando!- murmuró la madre.- ¡Vaya y lávese la cara! ¡Y no sea ansina!

Vicente salió. Mientras se dirigía al barril, oyó a su padre:

- ¡Pucha...también...yo tengo un genio!

Y la dulce voz de la madre lo disculpaba:

- ¡No seas bobo! ¡Demasiado sé yo!

Su madre no era feliz.

"Tata será bueno, pero con eso no se saca nada" - pensaba el niño- "el genio es una cosa..."

A veces, sentado, apoyada la mejilla en la mano, con esa seriedad prematura de los que van a sufrir mucho, pensaba largamente sobre el "géⁿⁱo". Don Ibarra, con ser ya viejo, hacía morir de risa a la gurisada. Los atropellaba haciéndose el tonto, le prendía una cola a doña Jesusa y empezaba a hacerle ¡Cuac! , ¡Cuac! como un zorro, o , cuando los niños organizaban bailes, vistiendo a Tuquito de mujer para acompañar a Carmen, se les aparecía con doña Jesusa a rastras, como a participar del jolgorio...Y a Don Juan (I) lo contaba lindísimo. ¡Pero su padre, nada! Siempre ceñudo y reservado, siempre seco. ¡Tan pocas veces lo vio reír el niño! En su casa la risa no se oía nunca. "Nosotros no nos reímos", pensó muchas veces. "Somos muy serios, demás". "Bueno, como los Ibarra son ricos y nosotros somos pobres ...". "Pero ¿y Tuquito, entonces, que está siempre con los dientes afuera? Ellos son más pobres, todavía..."

(I) Don Juan es el nombre con que se designa al zorro en las fábulas del campo.

Poco a poco, fue dándose cuenta de que no sentía cariño por su padre. Su presencia enfriaba la alegría. Había en él algo que alejaba al mismo tiempo que infundía respeto o miedo. Estando él en "las casas" el niño dejaba de jugar, no hablaba. Se tenía que quedar quieto... Su madre, a cada paso, repetíale, entonces: -"Tenga juicio, m'hijo, qu' es tá tata". "No meta bulla, que a él l'incomoda...". Por eso Vicente se ponía contentísimo cuando su padre hacía aquellas salidas que duraban varios días "pa recorrer la gente", como le oía decir. El gurí no se explicaba qué era esto; pero deseaba ta las recorridas que le permitían estar a su antojo y dormir con su madre y hacer visitas, sintiéndose ambos más libres.

Su padre se iba transformando para él en algo molesto, cuando una circunstancia vino a cambiar por completo sus sentimientos.

Cuando estalló la revolución y, al salir con la gurisada al camino para ver a los guerreros que dejaban el monte, distinguió a su padre a la cabeza de la columna, solo, espléndido en el oscuro de gran alzada y coscojero, echado hacia atrás, flotante el poncho, el sombrero a la nuca, se le ocurrió en seguida:

-¿Cómo no va a ser tata ansina si es un jefe?

Su padre, alzando el brazo le gritó:

-¡Adiós, m'hijo!

Y él, erguido en puntas de pie por una fuerza interior, gritó con toda su alma:

-¡Vivaa!

Pedro, Alberto, Tuquito, empezaron también a dar vivas. Pero ninguno tuvo, del único de Vicente, el acento orgulloso y fiero.

Corriendo, loco de alegría, volvió a su casa. Al entrar, encontró a su madre de duelo. El la acarició, le apartó el pelo de la cara y le dijo, contrariado:

-¡El de jefe y usted llorando! ¡No hay que llorar, mamita!

Esa misma tarde le dio un susto a su madre. El hijo del gallego quintero de los Ibarra, repitiendo quizá lo oído al peninsular, dijo que los que iban a la guerra eran unos brutos y "atrasaos". Vicente, ciego de rabia, se le fue encima y le clavó las uñas; pero el otro, con un palo, lo trajo al suelo.

Cuando volvió en sí, su madre, llorando y besándolo, lo tenía en brazos. Sus tres amigos los rodeaban. Y, ya solos los cuatro, Tuquito dijo, mostrando sus dientitos en la constante sonrisa:

-¿Vistes? Tata iba en el doradillo'e'don Ibarra.

-Sí, se lo regaló tata, qu'iba n'el tostao-

ntestiguaban los otros.

-Sí, Sí - mentía Vicente, que no había visto a nadie más que a su padre.

La guerra, terrible, sin cuartel, devastaba el país. De cuando en cuando, llegaba la noticia de que en tal parte habían peleado, de que habían ganado, de que habían perdido... Todas las noches, arrodillado al lado de la cama de su madre, donde entonces dormía, el gurí rogaba con ella por el guerrero ausente.

-Pa que no le hagan nada, pa que no lo vayan a herir... - decía su madre, primero.

Y brotaba luego el murmullo de los dos:

- Padre nuestro qu'estás en los cielos, santifica sea tu nombre...

-Pa que se acabe pronto la guerra - volvía a alzarse la voz.

Y recomenzaban:

-Padre nuestro qu'estás en los cielos...

Luego, la madre lo arrebujaba bien.

-En el nombre del Padre, del'Hijo y de l'Espíritu Santo, amén.

Beşábalo en la frente y el gurí, cansado de potrear todo el día, se dormía, acurrucado como un cuzquito, al calor del cuerpo de su madre.

Una noche oscurísima y fría estaban por acostarse ya, cuando sintieron como que mucha gente

pasaba por el camino.

-¿Cuálos serán, mama? ¿No andará tata?

-No, m'hijo. Son la gente'e Fernández, que estaba acampada en el río.

-¡Ah, si los agarra tata! ¡Que se apronten!

Dormía desde largo tiempo, cuando lo despertó su madre al saltar de la cama. A lo oscuro, no la pudo distinguir. El niño escuchó el ladrido del cuzco, y oyó, casi junto a la puerta, un "¡Fuera perro!", muy por lo bajo.

-No se mueva, m'hijo, no tenga miedo - lo recomendó la madre, al oído. Y la sintió registrar el cajón de la mesa.

Con el mango de un rebenque, golpearon.

-¡Abran! ¡Buenas noches!

-¿Quién es? - oyó preguntar a su madre con voz entera.

-¡Abran! ¡Abran!

-¡Vayansén! ¡Aquí no tienen nadita que hacer!

Por toda contestación, alguien se echó sobre la puerta...

Y en eso resonó un estampido, y a la luz que hizo, Vicente vio a su madre junto a la puerta, con una pistola en la mano.

Afuera oyóse un albaroto. En seguida, un galope desenfrenado.

Al otro día, cerca de la puerta y por el patio,



había manchas de sangre.

Para estar más seguros, se fueron a vivir a lo de Ibarra, a la vieja Estancia de gruesas paredes de piedra y puertas con trancas de hierro que, en tiempo del virreinato, resistió más de una vez el malón de la indiada.

Los tres niños - Pedro, Alberto y Vicente - dormían juntos y, algunas noches, hubo que dejar quedar a Tuquito que todas las tardecitas, se iba de duelo.

Por fin se acabó la guerra. Como al mes, cayó la genté al pago. El día anterior se hicieron pastoles, tortas, empanadas; se guardaban bien, " por los ratones", y las mujeres marchaban apuradas a la casa de Tuquito, de donde salían gemidos y gritos desgarradores.

Antes de acudir ella también, doña Jesusa improvisó a éste una blusa negra. Y lo dejó en la Estancia.

De vuelta de la guerra, su padre siguió siendo el mismo. Por cualquier cosa se enfurecía con su mujer que, si a veces no lloraba, era por el niño. Siempre pálida, siempre con aquellos ojos tristes cuya mirada parecía tener una extraña, lejana querencia, la madre volvió a ser en la casa como una sombra.

Vicente fue perdiendo el miedo a su padre. Un día, le alzó no más la voz, con gesto duro. Y, al rato, al mirarlo de reojo, lo sorprendió con la vista clavada en él, apagado entre los labios el cigarro, esbozando una sonrisa, embobado.

El niño tendría entonces once años.

Después, un domingo de elecciones, en un coche trajeron muerte a su padre. En medio del llanto de su madre y de las mujeres que la acompañaban, resonó la voz del gurí, ahogada por el dolor y la rabia:

-¡Me la van a pagar! ¡Que yo los agarre! ¡Los degüello, malditos!

Y al sentarlo su madre en la falda, él se acurrucó en ella sollozando infantilmente, extenuado por el furioso esfuerzo.

Cuando él pudo trabajar, quedó sólo uno de los peones que se había tomado. Vicente fue patrón. Ya no hubo otra voluntad que la suya. Su madre volvió a ser lo de antes: una sombra.

Poco a poco Vicente se fue dando cuenta de que era igual a su padre; indomable hasta por él mismo. Cualquiera cosa producíale arranques de furia loca, terrible. Después se tranquilizaba, mimaba a su madre si le había hecho objeto de su ira, y sufría porque hacía sufrir. "¡Pero caramba - se decía de repente- yo ... yo tengo buenos sentimientos; y hago cada cosa!...". Pasaba días hecho una seda. Cariñoso, atento... Volvía de la pulpería con cuanta cosa hallaba que pudiera gustar a su madre... Pero una circunstancia cualquiera hacía brotar otra vez en llamaradas el fuego que tenía adentro.

Una mañana, a mediodía volvió del campo indignado porque el zaino se le había manchado en una vizcachera. Renegó un rato con los bichos, con los pozos, hasta con el caballo y, ya casi desahogado, desensilló. Se sentó a la mesa. Su madre sirvió la sopa. Al llevarse la cuchara a los labios, Vicente sintió que el caldo estaba demasiado caliente. Tiró lejos la cuchara, hizo volar el plato, y se incorporó con los ojos saltados, mudo de rabia.

-¡Ah, se quemó, m'hijito! - tembló la voz de la madre, con el doble susto de que su hijo se hubiera hecho daño y de las consecuencias de su furia. No se animaba a moverse. Sus ojos, donde se pintaban el dolor y el miedo, lo miraban rodeados

por el mar de arrugas de la cara en pucheros.

Vicente la vio. Tuvo ganas de caer de rodillas. Y salió hacia su cuarto vuelta contra él la rabia. Al rato, entró su madre llevando una taza por la que asomaba una bombilla rodeada de amarillenta espuma.

-Vicente, tomá este candialcito. ¡No has comido nada!...

Dijo esto con recelo, esperando algún manotazo, alguna contestación dura, mala. No alzaba los ojos del suelo, como culpándose de todo.

El cogió la taza y empezó a sorber.

-¿Está bien de azúcar? - preguntó ella, más animosa, buscándole los ojos.

-Sí, mamá.

Vicente quería hablar y no podía. No sabía cómo ni de qué. De pronto alargó la mano hacia su madre, diciendo en voz baja:

-Mire, tiene una hebra - y retiró un hilito blanco de la negra bata de ella.

Eso no fue una caricia, pero como tal lo sintieron los dos.

Una alegría intensa, una infinita ternura, inundaban el alma de Vicente. Tenía ganas de abrazar a su madre, de darle un beso... Y, de pronto, salió con:

-¿Y qué le parece, mamá, si fuéramos a hacer

Una visita a los Menduteises?

-¡Pero, muchacho!...

-Sí, sí, vamos! Siempre está encerrada...Hay que pasear. ¿Eh? ¿Vamos?

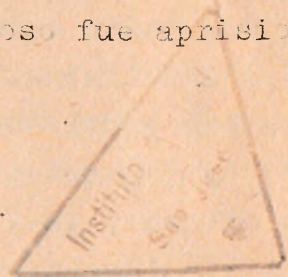
-¡Pero muchacho!...

-Bueno, aprontesé. Yo voy a ir ensillando. Aprontesé.

Más tarde, madre e hijo atravesaban los campos. Bien próximos, al trotecito, charlando, riendo...

La evocación de estos episodios, que siempre dejaban un fondaje amargo, era constante en él. Y un desaliente oscuro, pero poderoso, fue aprisionando como una malla su voluntad.

..



Con el tiempo la imagen dolorosa de su madre se fue borrando. Sin embargo, nunca faltaba algún pensamiento doliente que lo hundía en sí mismo y daba a su cara un aspecto sombrío y seco. Era tristeza por él mismo lo que lo embargaba; como si se achacara algo que no sabía y que no podía saber. En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el pensamiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse, y retroceder. Había días en que percibía muy cla-

ramente esas subidas y bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y se aproximaba a aquel abismo de su alma; pero, al rato, un manto oscuro y pesado le cerraba el paso....

No lo visitaban con gusto sus antiguas amistades. Con "cuarta" había que sacarle las palabras. Y todas las noticias que le trajeran para avisar la conversación: negocios de conocidos, hechos de la pulpería, parición de tal o cual, resultaban lo mismo para él. Sólo los Ibarra iban todos los días. Detenidos por el aire de Vicente, no se animaban a preguntarle nada.

Les había arrendado el campo, después que vendió los animales. Ahora, no hacía más que revolverse en aquellos ranchos que el descuido iba bajando y deshaciendo. Por la quincha poltrida pasaban el sol y la lluvia, en muchos lados. El patio se había llenado de yuyos y las paredes de gruesas telarañas, Un olor fuerte a humedad, a cenizas, a mugre, apretaban la respiración de quien entrara. Los Ibarra, varias veces, quisieron arrglar algo; pero él siempre los detuvo.

-No. ¡No faltaba más! Eso lo hago yo. Yo... en cualquier... ¡Sí, está todo... patas arriba! Yo...

Un día, el mercachifle que lo surtía le dijo alarmadísimo:

-¿No sabe lo que se murmura por ahí?

-Si usted no lo dice...

-¡Que se viene otra vez la guerra!

-¿Ah, sí?

-Parece que d'esta...

Cuando quedó solo, Vicente se sintió lleno de energías. No preguntó, ni lo hubiera podido enterar el mercachifle, el porqué de la guerra. ¿A qué? ¡El enemigo, el enemigo de siempre! Había que pelear. La idea de la guerra lo enardecía. Se veía con la lanza de su padre, al frente de una columna, cerrar piernas al flete, agachar la cabeza y atropellar.

Hizo planes. El juntaría la gente de su padre. ¿Quién sino él la manlaría? ...

Pero el fuego se fue apagando. Y cuando don Marcial cayó en la tarde a invitarlo para la patriada, un helado "lo voy a pensar", fue la respuesta.

Los Ibarra se alegraron al verlo tan manso. Ellos tampoco irían. No querían dejar solas a las mujeres. Pero Vicente no lo había decidido reflexivamente. Lo hizo porque sí, porque se le habían ido las ganas, nada más. Y, después, los triunfos o las derrotas de los suyos no lo conmovieron.

-Estoy frío...- se decía una vez. Iba a agregar "como muerto" y se sobresaltó. Y por miedo extraño, desconocido, repitió en voz alta, corrigiendo:

-¡Estoy frío...helao!

La guerra terminó. Volvieron las gentes. Al trabajo se dedicaron otra vez con empeño, sin pensar que otra guerra volvería a parar en seco todo, y a maltratar y a devastar y a deshacer. Había hambre de olvido. Aquellos esfuerzos eran para echárselo arriba.

Cierto atardecer de verano, después de matear con Vicente, y ya por irse, Pedro Ibarra dijo a su amigo:

-Che ¿no sabés que Carmen se casa?

-¿Eh?

-Sí, con l'hijo'el vasco Iturbe, con José.

-Me alegro.

-Sí, el hombre es bueno. Y es una gente qu'es tá bien. Tienen amores hace seis meses.

Dando vuelta la segunda cebadura, que todavía estaba buena, Vicente repitió:

-Me alegró...me alegró mucho.

Lo que nunca, acompañó a su amigo hasta más allá del patio. Pronto lo vio perderse entre las chilcas y las sombras. A sus espaldas, el sol ha bía entrado. El cielo, para ese lado claro y medio amarillento, estaba, al frente, muy oscuro, ya.

Inmóvil, con la vista perdida, Vicente fue sintiendo como que la noche le emponchaba. Las manos, en la espalda, se agarraban sin fuerza. El viento le movía la melena como mueve las lla

-¡Carmen! - dijo.

Profunda y dulce a la vez, la tristeza lo en
volvía, acariciante. Veía los ojos vivos de la mu
chacha, la constante expresión alegre de su cara,
podía más que nunca ahora todo lo buena y lo boni
ta que era, recordaba la mañana en que él, hombre
alto ya, al volverla a ver, después de la larga es
tada de ella en "lo'e los Barcelones", la dijo "us
tú" para siempre, cambiando el "vos" y el "che"
von que la tratara desde niño...

-¡Carmen!

La luna tuvo acostada un largo rato la sombra
de Vicente sobre los yuyos. Movidos por el viento,
ellos parecían acunarla.

..

Tiempo después, en un despacioso atardecer de
primavera, mateaban junto a la puerta Vicente y
Pedro. Este, que continuamente se distraía en la
conversación pensando en algo, dijo de pronto,
cuando ya estaba por irse:

-Che, Vicente, mirá, nosotros hemos estao
pensando con mama que vos no debés estar aquí si-
no en casa.

-¿Qué? ¿Qué?

-Sí, dejate de partes. Vos ves qu'estás mal. ¿Qué vas a estar haciendo, solo? No tenés necesidad. En casa, además d'estar mejor, nos hacés falta. Mama está vieja, nosotros de redepente, tenemos que andar de un lao pa otro. Ella necesita compañía. Vos allí no vas a estar de agregar. Tenés con qué vivir... Sí, animate. Mirá, a' mama le das un alegrón... y, a nosotros, ¡figurate! Sí, dejate de partes. Animate. Mama es tá loca de contenta con la esperanza de que vayas. ¿Un día estás aburrido? Pues montás a caballo y te pasás unos días donde quieras, o recorriendo las amistades. La visitás a Carmen, que te quiere tanto, les das un alegrón a ella y al marido... Estás lo que se te antoje y, después, volvés con nosotros... ¿Eh?

Vicente, con la cabeza agachada, no contestaba.

-Bueno, mirá.-seguía Pedro - ya te tenemos el cuarto pronto, y todo... ¿Te acordás cuando se fueron a vivir con la finada, cuando la guerra? ¿Te acordás? ¡Qué tiempos! Bueno, ¿y por qué no podemos ahora volver a vivir juntos? No te vas a negar. Faltarán muchos a la reunión: la finada tu mama, el finao tata, el finao Tuquito, Carmen, que ya tiene su dueño... Pero la vida es ansina y no hay más remedio que conformarse con

lo qu'ella dispone. Con empacarse no se saca nada. (Gracias a Dios, todavía podemos ser felices, ¡qué curacho!

Como Vicente ni levantaba la cabeza ni hablaba, Pedro pensó que lo mejor sería dejar allí las cosas. Tenía la esperanza de que, insistiendo, podría sacarlo de sus taperas y llevárselo. Se despidió entonces y se fue.

Vicente siguió un rato en el barco; mucho, un rato largo. Sentía en su interior como ya muertos para siempre los fuegos que solían devorarlo. Y se daba cuenta de que, sin embargo, aquéllos habían sido su apoyo y que, ahora, se sentía como nunca solo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por la cara. Apenas si alteraba sus facciones aquel llanto manso, sin convulsiones ni gemidos.

..

A la mañana siguiente, Pedro volvió, mandado por su madre, para tratar de ablandarlo. Ella misma iría más tarde a seguir la conquista.

Pedro llegó a la cocina y no lo encontró. Al entrar en un cuarto, se detuvo, sorprendido. Arrojado frente a un baúl, sacando ropa de éste, y

poniéndola sobre una sábana, estaba Vicente, de espaldas a la puerta.

-¡Hermano! - exclamó Pedro.

-¡Ah, eras vos! -. Y Vicente siguió retirando ropa y plegándola lento, prolijo; demasiado prolija y lentamente.

Sin decir palabra, Pedro lo dejó hacer. Cuando el baúl quedó vacío, Vicente ató las puntas de la sábana y, alzando el bulto al hombro, dijo:

-Lo demás lo llevamos en otros viajes. Vamos.

De lejos, se vio el bulto blanco alejarse sobre las altas chilcas. Como los hombres eran ocultos, parecía alejarse una nube que se quería cortar sola de la tierra y no podía.

..

Han pasado años. La muerte se llevó a Jesusa. La viuda, por no aflojarle, llamó en la carne de los dos Ibarra, los casó con dos vascos Iturbe, de amplias caderas y robustos senos, y se subió por unos cuantos "Ibarritas".

Y en medio de aquellas viudas que seguirían adelante, Vicente permanecía manso, inundado por una felicidad triste que le mecía el pensamiento.

No veía bin claro, pero dentro de sí había una cosa extraña, vaga, sin formas, que aliviaba como una esperanza

SALTONCITO





EL ENCUENTRO CON FLOR DEL NENUFAR

Los pajes habían quitado la ropa y el calzado al joven Príncipe y lo empezaron a vestir. Primero, le pusieron medias de seda blanca. En seguida, zapatos de raso negro con hebillas de brillantes. Después, camisa de seda, anudándole al cuello una hermosa cinta, blanca también. Luego, pantalón corto de terciopelo negro y negra chaquetilla por el extremo le cuyas mangas asomaban blancos encajes. Colocáronle al fin un cinturón de plata, del que colgaba elegante espadín, y el propio Rey le puso en la cabeza una gorrita, asimismo de negro terciopelo, con una pluma blanca que caía graciosamente junto a su cara.

-¡A ver! - exclamó el joven Príncipe, dando un salto -. ¡Espejos para mí y mi Mariscal!

Traídos que fueron los espejos, ambos se miraron y dieron algunos toques al arreglo; después se contemplaron mutuamente, riendo Saltoncito, aún con asombro el viejo carcelero.

Y el primero dijo:

-Partamos. Los cortesanos están ansiosos por vernos. Y vosotros - previno dirigiéndose a los pajes - sois responsables de mi traje viejo. Guardadlo en un arca y ponéle llave.

El Rey y el Príncipe delante, detrás el flamante Mariscal Kum-Guan, cuyas piernas se trababan con la espada, y luego la espléndida comitiva de guardias, llegaron a la sala del trono.

Los soldados se detuvieron al llegar a la puerta. Sólo el Monarca, el Príncipe y Kum-Guan pasaron al recinto rutilante por las joyas que las damas ostentaban. Toda la corte se abrió en doble fila, inclinándose al verlos llegar. El Rey y el Príncipe contestaban con finas sonrisas y pequeños movimientos de cabeza a las profundas reverencias de los cortesanos.

Detrás, tan rígido como su espada y terriblemente serio, seguía el viejo Mariscal.

Después de esta ceremonia, el Rey se detuvo a conversar con algunos de sus favoritos, y el pequeño Príncipe encantó a todos con su afectuosa dulzura.

A donde quiera que fuera seguía el Mariscal, sudando a mares.

-¡Yo no puedo aguantar más las botas, Alteza!
- confesó al fin, al oído de Saltoncito.

- Pues vete a mis habitaciones, sácatelas y espérame.

El Mariscal, en cuanto transpuso la puerta, quitóse las botas y, descalzo, llegó a la cámara.

Mientras tanto, en la sala, por lo bajo, claro está, no se decían más que palabras como éstas:

- ¡Qué esbelto! ¡Qué hermoso! ¡Y qué distinción! ¡Y qué sencillez!

Las marquesas, las condesas y otras altas damas quedaban de pronto silenciosas, soñando con que un día aquel hermoso joven les dijera: "Os pido, señora, la mano de vuestra hija".

El Rey estaba encantado viendo a su hijo desempeñarse tan correctamente. Y de pronto, habló a los caballeros y damas que le rodeaban:

- No veo jóvenes. ¿Por qué se ha hecho tan rigurosa la invitación? Os ruego, señoras y señores, que mandéis invitar a vuestros hijos en nombre mío y del Príncipe.

Media hora más tarde, el salón resultaba pequeño para la concurrencia.

El Rey y el Príncipe se habían retirado un momento a sus habitaciones. Un heraldo llegó al fin y anunció en alta voz:

- El Príncipe recibe en el Salón Blanco.

Hacia allí se dirigieron todos por entre una doble fila de soldados que presentaba armas.

La sala era tan hermosa, que jamás hase visto semejante en la tierra. De mármol las paredes; de mármol sobre el cual el marfil dibujaba deliciosas escenas y las conchas marinas multiplicaban sus imágenes. De alabastro los asientos, tallados prodigiosamente y con airosos espaldares. Y en el centro de la sala se alzaba un gigantesco coral blanco que extendía hacia todas partes sus ramas delicadas, de las que blancas perlas irradiaban blanquísima luz.

Una invisible orquesta empezó a tocar.

Luego que le fueron presentados todos, el Rey rogó:

- ¡Danzad, danzad, hijos míos! Yo y vuestros padres nos iremos a la sala del trono.

- Iniciad la danza, Alteza - solicitaron los jóvenes.

Saltoncito iba ya a invitar a una dulcísima joven, cuando tuvo un sobresalto. Recordó que él no sólo no sabía, sino que ni había visto nunca bailar.

- Dispensad, amigos míos - balbuceó -. Los médicos, por un tiempo, me han prohibido el baile. ¡Abusé tanto!...

Se formaron, entonces, parejas de danzantes. Los demás, o tomaban asiento o hacían grupos deliciosos.

* Saltoncito quedó junto a la joven a quien pen
só invitar a bailar. Sus compañeras se habían ale-
 jado y ella permanecía allí, inmóvil, con los ojos
 bajos, sin resolverse a ir con sus amigas. No ves-
 tía tan ricamente como las demás, pero la sencillez
 del traje realzaba su esplendor.

- Yo iba a invitarte a bailar cuando recordé la
 orden de mis médicos. ¿Te gusta mucho, amiga?

- No, Alteza. Y, además, yo no podría bailar
 con vos, Alteza.

- No me digas más Alteza. ¿Y por qué no podrí-
 as?

- Porque no soy noble.

-¿Qué?

- Mi padre, que es médico, fue quien curó a Su
 Majestad cuando los médicos de palacio no sabían
 qué tenía. Y entonces lo hizo su médico y le rogó
 que me presentara a la corte. Por eso vengo.

- No preguntaba eso. Decía por qué no puedes
 danzar conmigo...

-¡Sería un escándalo, Alteza!

- Pues, mira, yo no sé bailar, pero aprendere
 y daremos un escándalo a la corte, ¿quieres?

-¡Alteza!

-¡No me digas Alteza! ¿Quieres sentarte conmi-
 go?

Ambos atravesaron el salón y tomaron asiento.

Ella, de cuando en cuando, hacía correr entre sus nerviosos dedos el collar de pequeñas perlas, su única joya.

- Creo que seremos grandes amigos, ¿quieres tú?

- ¡Yo, tan humilde!... ¡Vos, tan!...

- ¿Yo tan qué? - interrumpió él -. Yo soy un pobre sapo, amiga mía, un pobre sapo que ha tenido mucha suerte y nada más. Y si el ser Príncipe me prohibiera tu amistad, pues les tiraría el principado y asunto concluído.

- ¡Señor, vos sois!...

- No me trates más así, que me disgustas. Di me tú, como yo te digo.

- Vaya, pues...pues tú...¡erès un Príncipe muy extraño!

- Y tú, una joven muy buena y muy hermosa. Ella se turbó y no supo responder.

Un paje, en bandeja de nácar, presentóles licores y dulces. La concurrencia era servida también.

Mientras bebía un licorcillo de dulce sabor, el Príncipe inquirió:

- ¿No tienes novio, amiga?

-No, Alteza, ¿y tú?

-Tampoco. Es una desgracia esto de no tener novia. ¡No sé que voy a hacer, te lo aseguro!

La música volvió a círse y, dejando sus copas y sus dulces, las parejas se entregaron nuevamente al baile.

- ¡No sé qué voy a hacer! - repitió el Príncipe, con trágico acento.

- Tendrás que buscar - dijo ella, avivándose.

- Sí, ¿y dónde?

- Aquí, entre las de tu clase.

-¿Y si me dice que no?

-¿Quién no va a aceptar a un Príncipe?

-¿Tú lo crees?

-¡Claro!

- Bueno, amiga mía, te elijo a ti! ¿Quieres ser mi novia?

-¡Pero Alteza!...¡Vos os burláis! ¡Sois cruel! ¡Vos...! - exclamó, casi sollozando, la joven.

-¿No ves? ¡A pesar de ser Príncipe, me dices que no! - reprochó él, contemplándola con los ojos brillantes de lágrimas.

- ¡Pero Alteza! - volvió a hablar ella, cada vez más atribulada - yo no os digo que no, yo os digo que...

-¿Que sí? - interrumpió el Príncipe.

Ella guardó silencio, con la vista baja. Y luego, alzándola y sin atreverse a fijarla en la de su compañero, murmuró temblorosa:

-¡Que sí!

- ¡Cuando mi madre se entere, - dijo el Príncipe - será muy feliz!

- ¿Y Su Majestad consentirá, Alteza?

- Y si no consiente, es lo mismo. Le entrego su principado y nos vamos del reino a vivir en cualquier parte.

- ¡Eres intrépido! - suspiró ella, arrobada.

El Príncipe llamó a uno de los servidores y le ordenó algo. Poco después, el Rey llegaba a la cámara y se dirigía hacia ellos.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó rápidamente el Príncipe, al ver aproximarse a su padre.

- Flor del Nenúfar.

- ¿Qué deseas, hijo mío? - interrogó el Rey después de inclinarse ante la dama.

- Padre - confesó serenamente el Príncipe-, Flor del Nenúfar me ha dispensado el alto honor de admitirme como novio. Deseo tu consentimiento.

- ¡Lo tenéis, hijos míos! ¡Y qué alegría me causáis! Flor del Nenúfar, hija mía, toma como recuerdo de esta inolvidable noche.

Y quitándose del pecho un prendedor hecho de una sola perla maravillosamente irisada, se lo entregó a la joven.

Para esto la danza había cesado y los bailarines no sacaban los ojos del Rey y de los dos jóvenes. Diéronse perfecta cuenta de la alegría

del Monarca y vieron a Flor del Nenúfar colocar en su palpitante seno el extraordinario prendedor. No salían de su asombro, cuando el Rey, dejando al Príncipe con su novia, se les aproximó para decirles:

-El Príncipe ha elegido a su prometida y entrará con ella en la sala del trono. Preparaos, hijos míos, para formar su cortejo.

Inmediatamente ordenó que un heraldo fuera hacia allá para esperarlos preparado. Luego, uniéndose al Príncipe y a la joven, salió seguido por el brillante acompañamiento.

Al llegar, una voz anunció, estentórea:

-Su Majestad, el Rey. Su Alteza, el Príncipe. Su Alteza, la Princesa Flor del Nenúfar.

-¿Qué? - gritó un anciano al oír las últimas palabras del heraldo.

-¡Como lo oís! ¡Flor del Nenúfar! ¡Vuestra hija ha tenido suerte, mi querido Doctor - respondió una duquesa que estaba con el médico.

El Rey, el Príncipe, Flor del Nenúfar y su séquito aparecieron.

El Príncipe, sonriente, con la cabeza erguida; ella tenía los ojos bajos, humildemente.

* Los vivas atronaron el espacio. Todos estaban contentos aquella noche a la que el Rey, con justicia, había llamado inolvidable.

-¡Ah, si tu mamá estuviera aquí! - decía Flor del Nenúfar a su novio.

-¿Mamá? ¡No la conoces! A estas horas estaría en su cámara, frente a su cesta de costura. Ya lo verás. Ya lo verás.

Pronto, la joven y su padre se despidieron del Monarca y de su hijo, quienes poco después se retiraban a sus habitaciones, donde el viejo médico y Flor del Nenúfar - que habían simulado irse -, los esperaban ya.

Saltoncito quiso que su antiguo carcelero y flamante Mariscal conociera a su novia. Este estuvo con ellos un momento y dio un gran suspiro de alivio cuando le permitieron retirarse, yendo en seguida a sacarse las botas.

Al rato, Saltoncito apareció en la habitación del Mariscal. Arrojó su gorra sobre uno de los lechos, quitóse el espadín, se sentó y, mirando alegremente al viejo, dijo:

-¿Qué te pareció, amigo?

- Tienes buen ojo y buena alma, hijo mío. En mis años vi nada más lindo y más angelical que Flor del Nenúfar, mi Princesa.

-¡Muchas gracias! Y ahora, a dormir, que mañana tendremos mucho en qué ocuparnos y, al anocheecer saldremos del reino en busca de mamá.

Acostáronse ambos y quedáronse profundamente dormidos.

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA



LA INFANCIA DE CARLIN

(Fragmento)

Una conversación así permitió irse ensimismando. Las palabras casi no turban al auditor. El silencio va haciéndose tan natural que no asalta el escrúpulo de callar largo rato frente al otro.

El jorobadito inténase en su pasado hasta perder la voz.

Juan Gamarra...

¡Oh, Juan Gamarra! ¡Oh, ánimo flaco en los lejanos días del Mal Abrigo! ¡Fruto ácido el del amor de una noche de una india misionera y un braillero prófugo, que encontró Juan Gamarra de sirvienta en una Estancia y se llevó en ancas portando a la vez su infortunio! En el rancho asentado en lo más abrupto, un sólo despotismo a ejercerse, una sola boca a renegar y maldecir, una eterna disconformidad entre la paz serrana. Desde que de vuelta de unas pruebas en la pulpería él cayó con el niño - con el niño de madre recién envuelta en un

cuero vacuno, sola ya en la fosa al costado del camino, desnucada al caer del trapecio-, desde que cayó con el niño, entre éste y él se repar-tieron los rencorés que hervían en el alma de la fémina. Para él un alivio, para ella un aci-cate.

¡Oh, Juan Gamarra débil! ¡Oh, Juan Gamarra de facón a la cintura, de brazo ejemplar para el lazo y las boleadoras, cabizbajo ante los impro-perios de su mujer, con rigideces de estaqueado frente a los castigos al infante! ¡Las chancle-tas aspeantes de la arpía, cómo dejaban devasta-dos los corrales de trocitos de ranas, los "re-baños" de tabitas colosamente repuntados por el hombre entre las osamentas de lanares, rústicos juguetes! Mas, para consuelo, ¡qué lindas horas a la orilla de las linfas transparentes, entre los montes ásperos, cuando Juan Gamarra, a solas con el adoptado, volvía a recobrase! Era él, en-tonces, algo más que Juan Gamarra. Era el verda-dero, el que había deseado ser. Y lo cierto y la mentira bebía ávidamente el alma del pequeño sin que, ebrio y grave ante el íntimo turbión, el par-lante fuese capaz de distinguir la verdad del en-gaño.

-Hace ya años...Cuandó ustedé, m'hijo, andaba todavía fuera del mundo...

Y la aventura del baile de las Morales, donde sólo hubo un hecho real: su presencia en la fiesta, sin desafío con el taita- pie con pie, brazo izquierdo a la espalda-, sin mujer que se interpusiera y lo abrazara llorando en la revelación al fin de una pasión secreta. Y la de aquella relampagueada noche, a cuchilladas con Mandinga, jinete el diablo en un redomón negro que al desviarse en sus corcovos lo salvó del lanzazo... Esto acrecía el amor admirado que la bondad de Juan Gamarra despertara embargador en el recogido. Y cuando en los cálidos atardeceres se disponían a bañarse allá entre las flores azules donde el molusco fija su nidial rosado, ¡qué arcanas sensaciones despertaban en el niño las plegarias ininteligibles, los resonantes golpes en el pecho velludo, aquellas, aquellas manos unidas y elevadas al cielo, previos siempre a las resollantes inmersiones! Y luego, los secretos de la sierra, las ocultas virtudes de los ympos, los misterios zoológicos, la ciencia bruja.

-Usted, cuando ella no esté, llamémé siempre tío.

¿Qué íntima necesidad satisfacía?

-¡Tío Gamarra! ¡Tío Gamarra!

Y a solicitud del niño, Juan Gamarra, enternecido, grato al tratamiento, precedía el tiempo; de tuvo hasta a un pampero clavando una estaca entre

signos cabalísticos, afrontándolo luego sobre un peñón de la sierra, hecho una cruz él mismo con sus brazos extendidos.

¡Oh, Juan Gamarra bueno, que se levantó de un salto del cráneo de vaca donde se sentaba al rodar el niño por tierra cuando la astilla de la ña certeramente dirigida por la mujer le partió el espinazo! ¡Oh, Juan Gamarra débil, que agarró el asiento por un asta y no lo abatió sobre la testa desgañada!

Agachado el gurí ya para siempre, aún dolido, a los meses, tornaron las horas de admiración, asombros y escondida dicha. La guarida de un tigre ultimado hacía ya tiempo, gruta lóbrega alumbrada con velones de sebo hartados por tío y sobrino en la cocina, entre sobresaltos, otorgaba ambiente propicio a las imaginaciones febricitantes.

¡Oh, Juan Gamarra!, con sus misteriosas salidas en la noche, escalofriando al pequeño hecho un ovillo en el lecho de chalas; con sus regresos sigilosos antes del alba, y aquel retumbar del pecho golpeado isócrono, apagada ya la vela! Bum...bum...bum...llegaba al oído del gurí en el cuarto a veces ya con rayas celestes en la puerta y el ventanillo. Bum...bum...bum...

-Tío ha salido a andar con los vientos...
Tío andará sensacándole a la luna...

Y desgarraba las mallas retornantes del sueño en conciencia alucinada.

¡Galope desenfrenado hasta los mismos ranchos al de aquel amanecer! Y a poco entró Juan Gamarra apuntalando puertas. Crecía el día fresco y claro. Por el patio cruzaban rumberas las aves case-
ras. El niño oyó registrar en la repisa donde se guardaba el gran pistolín de doble caño. Y una mirada al sesgo permitió ver a Juan Gamarra ¡acostán-
telo vestido! Bum...bum...bum...; Qué potentes!

— Por el hombro de los cuatro milicos sobresalían las carabinas terciadas a la espalda, aquella mañana, el sol ya alto, cuando venían llegando. Atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, se lo llevaron sin que él dijera una palabra. Carnear una ovejita de vez en cuando, en majada ajena, en rebaños enormes, pabla-
dros de vastas extensiones que el horizonte no li-
mita; carnear en majada ajena cuando no se tiene majada, no se puede.

¡Juan Gamarra hasta la comisaría distante! Y, luego, hasta el pueblo lejano para atravesarlo así, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra — mientras se agolpaban en las calles los pueblerinos por ver el pasaje —, hasta que rechinaron ya y por fin ta-
nidos cerrejos. ¡Y el niño arqueado y sin compañía;

el espíritu sin nido, ahora, entre la menopáusia pretervial!

Cuando aquel jinete extraviado en la serranía cayó al rancho; cuando, mientras sorbía el mate, confesó que sólo había comido durante la jornada unos pasteles comprados a un chiquilín, saliendo del pueblo, el jorobadito sintió que de pronto su doliente cautiverio abría una puerta esperanzada.

Tenía un cardenal azul en jaula colgada del ombú durante el día, junto a su camastro por la noche. Silbándose pasábanse las horas. El ave, quién sabe qué. El niño, afinando, hasta deslizaba los por el silbo, pensamientos motivados por su "tío". En su puerilidad, concebía la expiación como un peregrinaje sin descanso ni retorno a través de sierras, de montes, de pampas; cruzando ríos, esteros y chilcales; siempre marchando, siempre atadas las manos, siempre atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra, delante del milicaje. Pero algo confluía también en el trineo que emulaba con tanto donaire a la garganta azul. Era su imagen contrahecha con un cordel por el cuello, de cuyas puntas tendía un canasto repleto de pasteles...Y retiraban pasteles, a cambio de monedas, manos que surgían de todas par-

tes; breves unas, impacientes, de niños; otras grandes, tostadas como las viejas manos queridas.

Roncaba ya, aquella noche, la maldita. La al-
daba de la puerta ascendió sin ruido. Como de me-
no en lo oscuro, el deforme cuervito se escurrió
hacia afuera. El cardenal azul debatióse contra la
jaula hasta que la mano cuidadosa lo retiró y lo
albergó en el seno. Ya a la media legua Carlín co-
menzó a silbar. Pero el plumado seguía mudo. El ni-
ño también sentía terror. La sierra, embrujada por
la noche, estaba poblada de monstruos a la difusa
claridad estelar; el retorcimiento de los talas eran
brazos, dedos malos. Si silbaba era por eso, para
que le contestara la avecilla y poder acompañarse
así, en el tránsito...Negras culebras y serpientes
negras tropezaban los tamanguitos de sus pies. Los
ruidos de la noche, el gritar de algún zorro, esos
graznidos ásperos de las rapaces nocturnas cayen-
do en el silencio que los traga al instante para
llegar él solo, él mismo a los tímpanos, desde por
los pies hasta por los pelos...Ante una duda atroz
no apagó el silbo sin respuesta. Pero no, llevándo
lo junto a sus ojos, vio abiertos los ojos del pa-
jarito.

Luego la aurora, transmutando en bondades lo
perverso. Cuando salió el sol, se hallaba ya próxi-
mo a la llanura. El camino que llegaba hasta el

pueblo pasaba lejos. Aunque se le veía desde allí onhebrando las lomas. Lo transitaría de noche, por si se le buscaba.

Comió un trozo de pan. Introdújole unas migajas por el pico al mustio compañero y, poniéndoselo en un bolsillo de la chaqueta, que su mano a la vez cerraba y ensanchaba, se ocultó bajo la saliente de una roca y se durmió sentado.

Ya el sol mediaba el cielo cuando entreabrió los ojos. Ciego, refunfuñante, dolorido. Buscando alivio, se dejó caer de lado. Y el cansancio y el sueño lo apretaron de nuevo en el suelo... Estaban en la guarida del felino, bajo los velones vibrantes. ¡Oh, Juan Gamarra habilidoso! Los delgados tientos se cruzan, se abren, vuelven a estrecharse y confudirse. ¡Oh, Juan Gamarra, tan maturgo, sanando al peticito con sus palabras sagradas! "Tío Gamarra, yo siento en ocasiones una musiquita linda y redoble de tambor y ruido de platillos". "Esa es la del circo donde vos naciste. Cuando aparecía tu madre, era como si apareciera un ángel del cielo. Muy ajustadita ella en su traje de lentejuelas. Muy calladita y como mirando pa otro mundo...". Ahora aquella como ángel del cielo, de cuerpo donde la luz reverberaba, está a su lado. ¿Cómo se puede volar así, sin alas? Ella asciende en el aire con el jorobadito en br

nos ; se siente en las mejillas el fresco de la brisa que atraviesan raudos. El acurrucado lleva las manos rebosantes de minúsculas plaquillas de cristal. Fulguran en sus manos junto a la resplandeciente. Calladitos ambos. Como mirando hacia otro mundo... Mas, ¿quién rasguña ahora? ¿Quién arri^{ma} su mano como garras a la carga de la alígera, ^{accendente} iluminada?

¡Mujer de Juan Gamarra!

Bruscamente despertó. Se revolvió manoteando la pesadilla aún pegajosa. Y un súbito pensamiento lo hizo poner de pie, de un salto. Se tanteó el bolsillo, pavorido. Y metiendo dentro, temblando, la mano, retiró una piltrafa de sangre y plumas azules.

Estaba de espaldas a la roca, frente al campo largo.

¡Qué largo el campo, qué largo!

Cuando pudo llorar, ya se había acercado la no che. Y sobre el rocío, la luz lunar, en torno al niño, derramaba telas sutiles de lentejuelas iridiscentes, como la abandonada vestidura de una trapeoista.

¡Asador el fuego encendido con los fósforos fur tivamente acumulados uno a uno! Las tiernas mazoras arrebatadas al lindero maizal, ¡qué sabrosas! Apenas un humito, incapaz de delatar, en el zanjón

profundo.

¡ Buena persona el boyero! ¡Barroso! ¡Barroso,
buey! Y el gurí muy sentado allá, arriba de los
fardos de cuero.

Desde la barraca del descargo, ¡qué lucerío!

LA FUGA EN EL ESPEJO



RECUERDOS DE HORAS DICHOSAS
(Fragmento)

(El Hombre de Cabello Gris posa intensamente los ojos sobre ella. La Joven inclina la cabeza, sumisa al influjo de la mirada casi hipnótica. El se incorpora, da unos pasos. Echa la cabeza hacia atrás como para dejarla azotar por una ráfaga letal).

EL HOMBRE DE C. GRIS. (Deteniéndose) ¡Debemos ser fuertes! (Silencio. La expresión se va dulcificando) ¡Cuánto hemos andado juntos, quebrando apariencias, entre los mundos, y qué dichosos fuimos!

LA JOVEN TRISTE. ¡Oh, sí!

EL HOMBRE DE C. GRIS. En la alta noche, ya la ciudad dormida, de pronto... ¡trrrin!... Descolgaba Ud. el tubo...

LA JOVEN TRISTE. ¡Su voz! ¡La voz! Yo desprendía la cabellera debajo de mí... ¡Qué lejos y tan cerca!

EL HOMBRE DE C. GRIS. (Dolorosamente). ¡Ja! ¡Ja! (Dando el tono de que se repite un antiguo diálogo) ¿Cómo está? ¿Está contenta?

LA JOVEN TRISTE. (Muy triste y en el mismo aire

distante). Sí, estoy contenta.

EL HOMBRE DE C. GRIS. ¿Está acostada?

LA JOVEN TRISTE. Sí, sobre la cabellera en libertad.

EL HOMBRE DE C. GRIS. ¿Y junto a Ud.?

LA JOVEN TRISTE. El libro y el espejo.

EL HOMBRE DE C. GRIS. ¿Qué bonitos están los tres, espejo, libro, Ud. sobre la cabellera! ¿Adónde iremos por esta diafanidad de la noche?

LA JOVEN TRISTE. ¡Bien lejos! ¡Bien lejos! ¡Hasta la más lejana lejanía!

EL HOMBRE DE C. GRIS. Vámonos, ahora...; Mire qué altura tan pura la estelar! Y, callada y sola, la luna, sobre los mundos y bajo las estrellas. Callada y sola en el corazón del sueño.

LA JOVEN TRISTE. ¿Qué noche, ésta, tan diáfana.

EL HOMBRE DE C. GRIS. De aquí viven todos los senderos... Tomamos éste, cierta vez... ¿Sabe por qué?... Su ida a la fiesta me había entristecido. Ud. se puso triste, pero eso yo no lo quería. En tonces ...

LA JOVEN TRISTE. ¡Reconozco delante de mí a esa alegre noche!

EL HOMBRE DE C. GRIS. Entonces, yo, celo y rencor...; Ja! ¡Ja! jefe de mesnadas, en medio de la tienda de campaña. Botas tremendas, bar-

bas hasta el pecho, entorchados hasta las botas, ánimo de devastación, espadas de hierro que arrastra y resuena. (Amargamente) ¡Ja! ¡Ja!... Y su pañuelo con lágrimas, entonces... Espumilla de seda y lágrimas de mentirijillas... Yo, en la tienda de campaña, rencor a los pies, ahora, y ternura oprimida con barbas y ruido del hierro en el suelo: "¡No! ¡No! ¡Es inútil la súplica perversa! ¡No quedará piedra sobre piedra del salón de fiestas! Y colgaré a los músicos con la cerda de sus fornidos contrabajos..." ¡Ja! ¡Ja!..."; Monstruo! ¡Corazón de cuarzo!"... Y la espada se arrastra, rechinan bota y bota. Y ráfagas fulgurantes sobre los entorchados de oro, peso excesivo para dos generales, o tres o cuatro o cinco generales... Y rueda el estruendo de la devastación. ¡Polvo el salón de baile! ¡Ya penden de las ramas las cerdas de los violones!... Pero ante el pañuelo de espumilla de seda, la barba hasta el pecho se estira de lágrimas; llega a tocar las rodillas, de lágrimas, ante el pañuelo de espumilla de seda! Y la orden, por fin, magnánima, sobre el sable arrastrado y el galón fulgurante: "Reconstruíd la sala de baile antes que acabe el día; volvedla a alzar de acuerdo con cánones ilustres. Torne la cerda a su arco. Y dispuesto esté mi corcel oscuro para cruzar la noche hasta su extremo antes de que se escuche el primer son. Que sobre el cuar

zo sólo se posa por brevísimo instante la piedad, y ella descansa y de inmediato tiende el vuelo. Seis orquestas en vez de dos, ahora. Que no falten los diez más bellos jóvenes de la tierra. Y con arreos de guerra mi piafante corcel. En medio de la cámara, que se pose la silla de plata. Para el azul, plata. Es la divina ley. La plata azul y el azul emblanquece. Por ello es que el grave doctor de la ciencia apunta su extenso tubo y dispara el ojo hacia la noche con luna. El alma de los ángeles es plata con azul. Lo supo el sabio de gruesos lentes y córnea irritada, el cadador de la ley de las leyes, la más oculta de todas en el oculto fondo del cofre de llave oculta. Dijo al morir de vejez y buscar: "Plata con azul es el alma del ángel". Posad, pues, la silla de plata. Y cada uno de los míos la brida en la mano. Y pronto ya y con arreos de guerra mi ansioso corcel. Que la piedad, ya dije, sobre el cuarzo se posa por brevísimo instante, y ella descansa y de inmediato tiende el vuelo". ¡Ja! ¡Ja!

LA JOVEN TRISTE. (Como sonámbula y pendiente todavía de las palabras). ¡Sí! ¡Sí!... ¡Y qué noches, aquélla y ésta, tan desplegadas!

(Pausa. El queda meditabundo. Con la intención, de nuevo, de no dejarla caer en la amargura, pero ensimismándose y con un dejo de melancolía sostenida, esta vez)

EL HOMBRE DEL C.GRIS. Esta ruta...¿sabe cuál es?
Mírela...Nunca hollada hasta...

LA JOVEN TRISTE. ¡Sí, la jamás hollada hasta
aquella noche!

EL HOMBRE DEL C.GRIS. La que nos llevaba, Ud.
de mi mano, hacia su ser...(Como repitiendo una
antigua situación):

-¿Reconoce ese fulgor dorado?

-Sí, ahora sí - decía yo que decía Ud., dicho-
sa.

-¿Oye cómo fulgura horadando la nieve?

-¡Sí - decía yo por Ud. - oigo el fulgor;oigo
el fino fulgor.

-¿Quién canta así, con voz en oro y blanco?¿De
quién es ese canto blanco y dorado que aparece a
nuestros ojos?

-¡Es la voz de mi alma! - decía yo como si fuer
ra Ud. - ¡Reconozco mi alma y su voz!

- Entonces vamos bien por aquí. No perdamos de
vista a esa voz, si es la suya.

-¡Es mía!;Es la mía!-decía yo que decía Ud. -
¡Es mía! ¡Es mía! ¡Es mi jamás cantada voz!

.....

EL RAPTO

LOS CINCO



El primer sábado de carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz - doce de la mañana - muy ansiosos después del largo aguardar ya prentos, aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de "¡Bah!...¡Bah!...¡Caballo!..."

El caballo lo forma un arco de alambres retorcidos en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que insinúa las formas del animal sostiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo, ocultando los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como

de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco.

Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Los brazos armados de rebenque se alzan entonces y se abaten punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a sus pingos, que en vano hacen por librarse, con brincos, de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano - las cosas allí no son juguete - aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las cantarras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos abajo es una cosa tremenda. Los brincos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices ...

En la puerta de la táberna azuzan con gritos

Aviesamente

- ¡Flor de jinete!

- ¡A que no lo volteas!

Y al que marcha adelante - patrón o jefe - parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, entre llamaradas, corre hacia la cantera, con la cara trágica.

-¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! - y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

- ¡Eso está mal! ¡Eso está mal! - protestan, imposibilitados de apearse, los compañeros del accidentado, corriendo hacia la profunda cantera, dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cin



co metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

- ¡Consigan una piola!...! Pero mire qué cosa! grita con voz resonante.

- ¡Si se corre más acá, hace pie, don!

- ¿Para dónde? ¿Para allí?

- Síiii.

- ¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

- Bueno, ¿y van a traer piola?

- Síiiii! ¡Pantaleón fue a traer la del pózooo!

- ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejenós pasar a nosotros pues!

- ¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado. Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

- ¡Pero, pero qué cosa!

- ¡Pero, pero qué cosa!

- ¿Se mojó el caballo? - hace descender uno.

- ¡Sí, está empapado!

- ¡Pero mire qué cosa!

- ¡Guarda! ¡Den paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

- ¡Agarresé!...! Y con los pies vaya ayudandooo!

- Sí, pero... ¡y no ve! - sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estor
ba.

- ¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote pa
ra el costado y usté corrasé para el otro costado!

- ¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos
a todo lo que dan.

- ¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un in-
diano uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a
atender al foso porque hacen fuerza en la piola. Es
que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquél,
rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como ca-
balgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

- ¡Ayude uno, que pesa una barbaridad por el
agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender
a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapp
teo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se
asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en
los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia,
bufando, se hace un arco, corcovea; mientras al
frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin
saber dónde meterse. Son brasas los ojos del caba-

llo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la picha, grita a los amigos del caído:

- ¡Retirensén para que se acerque el señor!...

- ¿Y para dónde?

- ¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraña, largo tranco desgarrado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra, y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

- ¡Pero retirese, pues, usted también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces...

- ¡Para ahí no! ¡Para ahí no! ¡que están los otros!

Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

- ¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se es

curre el agua. Y dispone el poncho en torno al ar mazón en cuyo medio está. La quemazón ha sido aba jo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

- ¡Pero qué cosa, amigo!

- Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

- ¡A mí!, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios béndito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grandes botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte don de echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

- ¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos nosotros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al camposanto. Y desde allí, sacando el silba

to, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

- Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

- Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

- Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de a rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

- ¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al

mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogosidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran al pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos, se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

- ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cae que se caida, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y como de la otra acera también los befan, ellos dan el frente a un lado

y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándose. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

- ¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

- ¡Páselos! - grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadote pa

sa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y si gue hasta llegar al fondo.

- ¡Qué colosales! se dice tomando la cabeza, de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos, sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

- ¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, apenas. Por que entre un brusco estrépito, derribándolos, derri bando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

MILÓN
C
EL SER DEL CIRCO



EL CONTORSIONISTA

(Fragmento)

NESTOR

...Porque me parece inminente el tener otra vez bruñidas verdades, de las acuñadas por un mismo troquel, en cuanto tales, con las de la joven amazona y las de nuestro equilibrista...

HELENA

Como si, pendiente de tus palabras, te obedeciese, el cortinado se conmueve. Y por entre la escuadra de galones y entorchados, el Rey de la Contorsión se adelanta al centro de la pista... con levedad abre los brazos...nos expone su cuerpo ajustado...

HIPOLITO

¡Escucha esa ovación!

NESTOR

Sin embargo...

HELENA

¡No te unes al aplauso general! Y veo una sombra asomarse a tu ceño....

NESTOR

...por haber observado que no se presenta uniformemente el color de su malla. De frente es idéntico al de limón lavado hasta demudarlo...el dorso aparece de un maléfico verde...y, para colmo, círculos oscuros se insinúan sobre él con vaga simetría.

HIPOLITO

Todo lo que señalas es exacto. ¿Pero eso merece tu preocupación?

NESTOR

¡ Como que puede traer consecuencias graves tanta peligrosa circunstancia junta! Temo que nos hallemos abocados al desarrollo de una mayúscula torpeza. Y el futuro de los pasos de Helena me inquieta.

HELENA

¡Estoy a ciegas! ¡Tómame de la mano y, a través de lo verdadero y de lo ilusorio, sigue sien

do mi lazarillo!

NESTOR

Por la disposición de esos tonos en la malla del contorsionista, con el verde de los reptiles a la espalda, admite, Helena; desde un vago marfil - el vientre del ofidio - mostrando el frente por entero, envuelto el todo en el brillo de la fría humedad, ¿no estás sospechando la posibilidad de un atajo hacia la ilusión, semejante al que te abriría la simple llegada de algunos acordes dispersos?

HELENA

Sólo distingo, Néstor, a quien, resplandeciente a la luz de los reflectores se expone ya desde la alta tarima... ¡Qué silencio en la vastedad del recinto ha seguido a la detención sorpresiva de la música...! ¿Acaso de las jaulas de las fieras la retrajo con su intimación aquel rugido? Pero, ¡horror!, ¿qué es lo que ese hombre comienza a hacer? De súbito todo él sobre un pie con la estabilidad de quien se recuesta a una roca se ha cogido una pierna y, como si abrazara y levantase en peso gruesa culebra, está consiguiendo que le sobrepase la cabeza. Ahora se le anuda al cuello. De la punta del pie crispado parece

que ya le va a surgir bífida lengua hacia sus labios...

NESTOR

¡No me equivocaba, Helena! ¡Ese ser es una sublevante contradicción! Enclaustrándose en lo más verdadero busca lo insólito, lo acomete y, al mismo tiempo, sin embargo, va interponiendo entre su persona y nosotros un velo de fantasmagorías. Engañarse esta vez no es culpa tuya, pues ante nosotros cada acto se está negando a sí mismo, al despertar los ecos de una transfiguradora insinuación. Escucha, Helena, el recóndito redoble como un estremecimiento de la tierra aparecido.

HELENA

Es un rumor, Néstor, rumor que crece; es ahora algo del fragor lejanísimo; es ya, porque se está atemperando, como si un zumbido se desgranara al apagarse; es... ¡Oh! A sus influjos, el contorsionista ...

NESTOR

...todo lo vulnera, debiste continuar. Advierte, Helena, que en vez de dejar a ese miembro persistir en la evidencia de su naturaleza, lo obliga ahora a que le meza su extremidad por detrás

de la nuca para semejarlo aún más a una serpiente, la cual nada realizaría de singular, por otra parte, si nuestro hombre llegara al extremo de fingirnos ser víctima de anillos opresores...

HIPOLITO

Subyugada por la fascinación del tambor, lenta, más que sigilosa, desenróscase la boa; y la pierna en alto va descendiendo, descendiendo hacia la otra en busca de sostén. Así, juntas, consiguen resistir ese brusco encurvamiento hacia atrás de todo el tronco. Y prolongándose él en los brazos, y éstos con paulatino insistir acercando a la firmeza de los pies los tensos dedos, entre el ritmo obsesor del redoblar cierran el círculo, un gran aro sobre cogedoramente rugoso en aquellos puntos en que el hueso empecina su presencia.

HELENA

Ahora, a unos palmos de sus plantas se van sus manos por el suelo; y todo él se conduce hecho araña por la superficie iluminada. De pronto, atraído por el obstinado tambor, sin desdoblarse retrocede mediante una sola mano y un pie solo. Y ya se torna y la emprende con los saltos del sapo. El empeño del parche batido, más que hacer sensible el tiempo como en las otras ocasiones, implanta aquí

la sugestión de corros invisibles. ¡Presiéntelos, Hipólito, en cuclillas a la luz de atentos astros o en el fondo más defendido de los bosques!; Nuestros ojos asisten a la involución de las formas! ¡Esa plástica materia cumple hacia atrás los estadios de la vida! ¡Otra torsión y, desde su esqueleto, nuestro semejante consigue ser artrópodo, después de retroceder por las frías etapas del anfibio y del reptil...!

HIPOLITO

¡Y esa tufarada feral que ofendiendo la atmósfera nos llega con un rechinar de barrotes, alienta entre el aullar de las hienas la absurda palinogenesia!

HELENA

¡Destino lastimoso el de ahora tan resignado escarabajo, si es que, como parece, lleva el mundo sobre su pequeñez!

NESTOR

Semejante teoría de especies brotando unas de las otras y echadas a andar sobre la tarima, no me equivocaba, sitúanos en un plano desde el cual nos niega apreciar desnudamente - cuando no lo el

vidamos en absoluto - que una inaudita desnaturalización, a fuerza de paciencia, de torturas, de peligros conseguida, por fin otorga a un cuerpo semejante al nuestro el realizar actos que el nuestro no puede. Y en vez de apreciar todos aquellos de acuerdo con la escala de nuestra naturaleza física, este hombre nos invita a soñar; pero ni siquiera un sueño impuesto con deliberado ardor sino abandonado torpe e irresponsablemente a la insaciable apetencia humana de fugar de lo real. Ese ser ha padecido sin cuento para lograr lo que tan arduamente alcanzó. ¡Y mira qué desastrada exhibición de sus precesas. Pretendiendo mostrárnoslas las intercepta y aún él mismo se nos vela. Además, sus hasta cierto trecho congéneres, la mujer del pedestal en la grupa fugitiva y aquél de la altura del hilo de acero, actuaban desde las zonas de un riesgo siempre creciente, mientras éste preséntase a nuestra consideración equivocando la estima de lo que hace, ya que lo valora por el sacrificio que le costó. Pero, sin duda, sus metamorfosis no han de destruirlo, como pudieron aplastarse aquéllos - "écuyére", equilibrista - precisamente por su afán de retenerse actuantes en el límite mismo - justo allí- en que todavía se mantiene incólume el poder resistente de la identificación consigo mismo...; Oh, ahora, aflo-

ra una sonrisa del seno de esa desmesurada tarántula que se disipa; y por entero yérguese exangüe el fajo de músculos sutilmente alargados, contráidos, tironeados del quicio durante años...!para lo que no valía la pena. Porque el resultado ha sido un tremendo equívoco: ¿nos hallamos ante el fracaso en la revelación de algo increíble pero verdadero o asistimos, sin ambages, al abortar de una ilusión? Para los ojos, Helena, el hacer de nuestro contorsionista bulle en el abismo, solitario como el caos, si no es que está oscilando de un mundo hacia otro, por ambos repelido. La diferencia con la nuestra de un alma tenaz estriba en que ésta puede - por momentos - interponer una valla entre lo real y lo ilusorio, sostenerlos en dos orbes autónomos y llegar a experimentar así, al fin, el peso de las cosas. Nosotros sólo chapoteamos en la confusión; como este pobre Rey en los programas, que ya se aleja, sin duda doloridas las articulaciones, sin justificación por él mismo defraudadas. Pero, de todos modos, aplaudamos...!

HIPOLITO

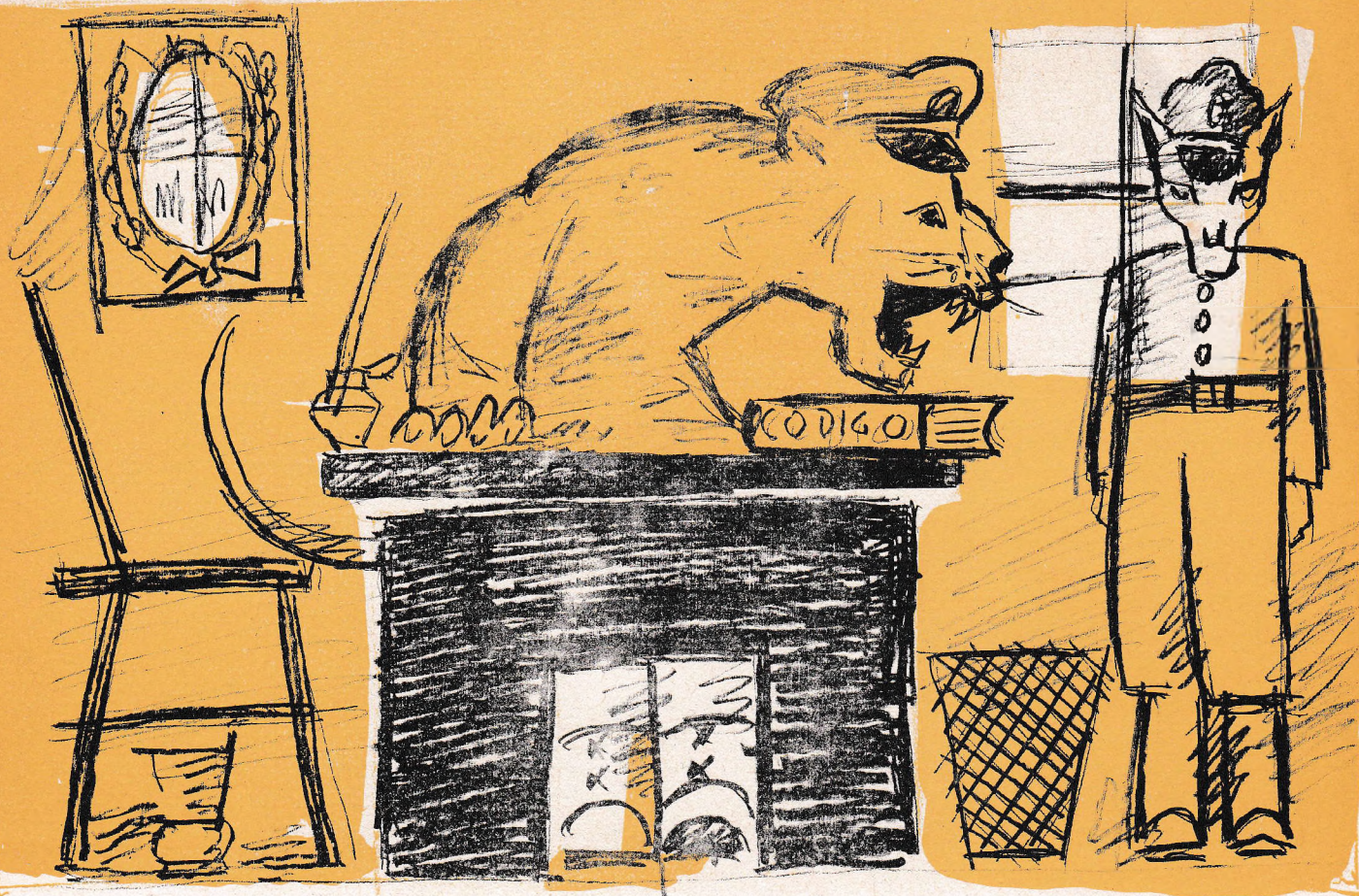
Sí, a la insistencia de tan desalentado sonreír que torna a su carromato.

NESTOR

Y recibamos también con nuestras palmas a esa estela de nostalgias que nos llega. Observa, Helena. Al plegarse, los cortinados descubren, parecidos a dos estrellas, un dúo de pálidos Pierrots.

DON JUAN EL ZORRO

(INÉDITO)



LA COMISARIA

(Fragmento)

Con pereza, los brazos del Tigre surgieron de abajo de las sábanas y sobresalieron de la cama, cada cual por su lado, apretando los puños, estiránlose y recogiéndose hasta quedar en escuadra. Al mismo tiempo el Comisario abrió la boca. Y la dejó así hasta que todo el sonoro bostezo hubo salido. Entonces la cerró y se le abrieron bien de par en par los ojos. Para poco los hubiera precisado el Tigre si no fuera que, abandonando en cazoncillos el lecho, él empujó la alta ventanita enrejada que daba al campo. A lo gato, la luz y un aire fresco abalanzáronse sobre su cara.

Y sucedió tres veces como si a un tranco de fiódubay otras tantas le pasaran serrucho, sin apuro, más bien como por distracción:

- ¡Trrrrjjjj! ¡Trrrrjjjj! ¡Trrrrjjjj! - mientras se allegaba a la silla donde posaba un uniforme de gala.

El comisario se puso las rojas bombachas y se

sentó en la cama para calzarse las botas. Introduciendo hasta media canilla, cogía en seguida las orejas del calzado y hacía fuerza hacia arriba, moviendo a compás el pie, en ayuda. Luego se incorporó, se meció un poco sobre las plantas y enderezó a una puertita chica que venía a quedar frente a la puerta grande. La abrió, pasó y la volvió a cerrar, pudoroso. Se quedó quietito un momento, adentro, y volvió a aparecer, desahogado, para avanzar hacia el lavatorio. Era éste un trípode de hierro con una palangana encima y, abajo, una jarra grande. Vertió agua, depositó la jarra en su sitio... retrocedió un corto paso. Entonces se inclinó, puso la cabeza sobre la palangana, y empezó a echarse agua con las manos. Apretaba la boca, el Tigre, juntaba aire con las narices y, después, resollando lo hacía salir por entre los dientes. El agua bullía furiosa como si abajo tuviera fuego prendido. De repente acallaban los ruidos y se quedaba serena. Era que, la cabeza en alto y mirando abstraído hacia el techo, el Tigre andaba con el jabón. Pero cuando tenía bastante espuma en las manos, se venía a plomo con la cara, ya a resoplidos en el aire. Le daba fuerte al pescuezo. Después, pasaba bien por atrás de las orejas. En seguida hurgaba en ellas y metía el dedo en el conducto, vibrándolo. Tal el mangu

gá cuando revuela ante el agujerito de su tronco y, luego, se decide y se manda para adentro; y sale y vuelve a entrar en caprichos y, de repente, agarra el campo y se pierde de vista. El Tigre, más tarde, empozaba agua en las manos, se la llevaba a la altura de la boca y la hacía saltar por el cuarto en chorros y goterones mientras, más livianos, los ruidos salían al patio, lo atravesaban de extremo a extremo, apresuraban al llegar a la cuadra un nervioso vestir de milicos. A los primeros rebufes del jefe, ya una partida, que llegara poco antes con un preso, dio la alarma a los dormidos y les hizo abandonar sus catres o pararse ante sus aperos en el suelo, chacoteando. Pero cuando se produjo el profundo silencio del comisario, hubo una afiebrada premura en el largo recinto de cebato. Enojándose los gruesos botones plateados de su chaquetilla, el sargento primero Cimarrón previno, en ascuas:

- ¡Ya se está secando! ¡Ya se va a venir!
¡Afuera todos y dejenmé sus cosas en orden, que si está de luna es capaz de antojársele hacer revisación...! ¡No pise esa guitarra, amigo!

Efectivamente: en la distante alcoba, con diligente rapidez la afelpada toalla enjugaba me dio cuerpo al comisario. Ahora, de la silla él retiró la camisa y se la puso, metiéndose el ex-

tremo bajo la bombacha y sujetando todo con el primer cinto. Luego, la chaquetilla militar, que le dejó el tronco entrecruzado de entorchados y alamares, y los hombros con sendas charreteras también de oro. Andaba todo el día de gala desde hacía como un mes. Desde que a la otra chaquetilla, la de diario, la traspasó con la plancha el asistente Mirasol quien, al sentir el olor, emigró al Brasil. Después se anudó la golilla colorada y ajustó el correaje con el sable mediante el otro cinturón. Al salir se fue colocando el quepis de ondeante plumacho rojo. Cuando apareció en la puerta, echando luz porque el sol dio de lleno en sus charreteras y entorchados, ni siquiera miró las brascas rigideces de los milicos que momentos antes se diseminaran por el patio para sentarse en bancos o en las raíces del ombú y, así, dejarse agarrar en actitudes semejantes a las de quienes están aburridos de hallarse las horas perdidas en el ambiente. Atravesado el patio, entró apagando sus fulgores a la Mayoría - el único cuarto de piso de baldosa, con el cuadro del escudo colgado en la pared del frente, unas cuantas sillitas y el viejo escritorio pintado de negro, donde se exponían un tinterio seco, una lapicera, un código al parecer, de buenas tapas coloradas.

El escritorio estaba poblado de cajones que,

desde que había llegado el mueble, nunca se pudo aclarar bien para qué eran. Uno, el grande del centro, contenía papeles ya amarillentos, de cuando se estableció la comisaría y había por costumbre extender a los milicos recibos de la paga y se escribía cuanta declaración se tomaba. Pero después que mataron al primer comisario y vino el reemplazante y se descubrió que el que revistaba como escribiente no sabía escribir ni se aportaba por la comisaría y que quien cumplía sus funciones era el propio finado, entonces la nueva autoridad resolvió que todo fuera de palabra porque él tampoco sabía; y que allí nadie tenía corona y que el escribiente se presentara a hacer servicio de soldado como cualquiera. Luego, los otros comisarios siguieron así. Unos, debido a que tampoco sabían y dos de ellos porque, total, así las cosas marchaban bien, lo mismo. Cuando lo nombraron, el Tigre estuvo en dudas. El leía, puede decirse, casi de corrido. Y, haciendo práctica un rato todos los días, no era cosa del otro mundo escribir lo que saliese. Pero esto coincidió con el asalto a lo de las Nutrias, que habían perdido al padre y estaban solas aquella noche. Hubo robo y, para peor, hasta violación de todas ellas. De todas no, porque la vieja se había escondido en el horno, que fue donde los fascineros no revisaron; pero sí de las muchachas y de la peona, a la que bajaron de arriba del

rancho cuando salió la luna y la iluminó.

El peligro surgió entonces muy serio para el pago, porque no podía ser cuestión de que los gachos tuvieran que estar noche y día como atados a estaca en las casas, igual que si, de golpe, a las pulperías se las hubiera tragado la tierra; y menos de tener que dormir con un ojo abierto y las armas abajo de la almohada o en el hueco del basto como a campo raso o en tiempo de guerra. Y que eso no iba a ser el último atentado, bien se presumía. En menos de tres meses, ahí estaban todavía de luto, y gruesas, las Chanchas de un poco más acá de la Boca del Sauce; y como quien va para las puntas del arroyo Figuritas, así, así quedaron las Garcas Rosadas, que eran más que lindas, ¡y ocho! Esta vez en pleno día, a la siesta. Ya es bastante intranquilidad el morir. Y eso, todavía, de que uno se tenga que morir con intranquilidad por la suerte, antes de casarse, de las hijas, no tiene nombre. Peligro de robo hay siempre. Pero es que aquello ya pasaba de castaño a oscuro. ¡Como para pensar, pues, en hacer práctica de escritura, el Tigre! Distribuyó sus soldados y ya no se ocupó más que de planear y dirigir en persona las batidas. Con la experiencia que había adquirido en sus tiempos de contrabandista en la frontera, hizo prodigios.

Esto en lo referente al cajón grande del cono

tro, decíamos. En otro, de los chicos, tenía tabaco en cuerda, el Comisario, y mazos de fina chala. Los demás, a no ser el de abajo de todos, se hallaban vacíos. El de más abajo, que era muy hondo, sí, estaba lleno. Pero de chucherías, de refugio de cosas no más, incautadas a algún ratero y que apartaba el Tigre y guardaba para que aparecieran como descargo de su conducta si, el día menos pensado, llegaba a la capital alguna denuncia y el Coronel Puma ordenaba levantarle sumario y él no le caía en gracia al sumariante. De perfume había un frasco vacío, que en una ocasión él puso allí bien tapado, después de volcarse toda el agua en la ropa y en la cabeza; en fin: anillos que ellos solos, no más, se habían puesto negros, varias bombillas de alpaca, chuspas. En una cajita aparte, un cartón con doce botones, unas peinetas y tres medias largas de hilo. Esto era el único resto de cuando la autoridad peleó y agarró a los que mataron en el Sauce al Vizcachón mercachifle. La media que faltaba fue con la que ligaron el brazo al soldado herido para detener la hemorragia; pero se le fue en sangre, lo mismo, aunque se la pararon allí, porque, distraídos, no habían caído en la cuenta de que el trabucazo que sonó en el entrevero le había dado de lleno en la mitad del espinazo. Si hubiera tenido más sangre, flota mientras lo man

tenían en el suelo, doctoreándole el brazo. Al lado de la cajita, cuchillos, boquillas de mate, un atado de escarbadientes, un retrato a lápiz, con dorado marco, que nunca se supo quién era. Y abajo de todo, cuatro blancas flores de trapo y una de papel, también blanca, que era malvón: de cuando la muerte en la fiesta del velorio del angelito, a la entrada del verano.

Todo esto encerraba en sus cajones el severo mueble negro donde, con todo su peso, se apoyó el comisario Tigre, malhumorado. Como quiera que sea, el comisario había sido muchos años contrabandista. Por eso, en la comisaría con frecuencia andaba de luna. Porque, sin querer, al sentir milicos, se enfurecía. Así que, después de cruzar el patio, al sentarse en su despacho, se sacó a manotazos el sombrero con el correaje y lo había largado violento contra el tintero, haciendo rodar la lapicera. Más parsimonioso ahora, el Tigre puso también allí el lindo quepis de enhiesto plumacho y se pasó la blancura del pañuelo de bolsillo por la frente. Al alzar los ojos, que había cerrado evitando el roce, se le apareció cuadrándose en la puerta, como para retratarse, el sargento Cimarrón. El comisario lo miró con súbitas ganas de atropellarlo. Pero, acostumbrado ya a contenerse, se dominó, se puso el quepis, le ordenó que se adelantara y prestó oídos.

- Este amanecer se ha prendido a una comadreja lavandera que ha dejado tan sin ropas a su patrona...que a estas horas ella debe de andar con chiripá del marido...y de poncho.

Antes de empezar a hablar el Tigre agachó la cabeza como confiándose con su escritorio.

- Para mí que se peleen y se maten, no es tanto. Total, de algo hay que morir, y nadie va a tener la pretensión de quedar para semilla. Yo, a eso no le hallo mayor delito. ¡Pero lo de que me anden con rapiñas...! ¡Es que desde hoy en adelante no les voy a aplicar más que las últimas hojas del código que, ésas sí, son bravas! ¡Ya no hay pacencia que aguante!

Hizo un esfuerzo y consiguió aplacarse. Esperó un poco, por las dudas, porque en el fondo, quería ser justo. Luego, ordenó, tratando de aparecer hecho el fiel de una balanza.

- Bueno, a ver, sargento, que saquen a la detenida y háganlan pasar a prestar su declaración.

De nuevo todo fue luz del día en la puerta. Se escucharon rumores de sable. Hubo una pausa. Llegaron otra vez los ruidos.

En seguida:

- ¡Epa! ¡Epa! ¡Atajen! - se oyó el griterío.

Al mismo tiempo, un chisporrotear de latas se fue debilitando a la distancia, como si se estuviera volviendo eco; y en los primeros momentos el es-

trépito seguía tan a los garrones a una comadreja en fuga, que parecía ser su ruido.

Helado se quedó el comisario, con el quepis a la nuca. Después, de una viaraza, apareció su figura en la puerta, sable en mano, más que viva la luz en su uniforme.

- ¡Pocos van a resultar cepos y grillos si no me la atajan! ¡Pero no me han dejado escapar a la detenida!

Con el sacudón de contrariedad, el quepis saltó atrás, volvió a entrar en el despacho, el plumacho ya arriba, ya abajo, y se fue a parar, esta vez, tapando el tintero.

- ¡Pero...! ¡Pero...! - seguía el comisario, sin advertir esta otra fuga. Y como no encontraba palabras bastante fuertes para ensartar en la frase, pateaba el suelo, peligrando abollarle las puntas a las espuelas, en el cimbronazo.

- ¡Pero... es cosa grande!

En la accidentada llanura la Comadreja iba sacando cada vez más distancia a los perseguidores. Desapareció un soldado. En el sitio se levantó por él una nubecilla de polvo.

- ¡Así te hayas matado! - se deseó y le gritó el comisario. Y continuó haciendo fuerza con la vista sobre las espaldas de los que seguían corriendo.

De pronto, sufrió el asalto de una idea. Guar-

dó entonces el sable y aminoró la potencia de la mirada, clavándola un poco más abajo y al costado, de modo que quedó mirando de reojo, no más, a sus subordinados. Es que pensó:

- ¿Y si a éstos, por miedo al castigo, les da por no parar y ganan el monte?

La desesperación que le llegó en seguida hizo saltar en la forma del que, distraído, se ha parado justo sobre un desparramo de brasas. Entonces, decidió detenerlos. Para acercarlos la voz, corriendo pasó la portera, pasó ante el palenque y su enramadita y siguió a los gritos tras los ya lejanos, despidiendo fuego por su pechera y sus hombreras.

- ¡P'atrás! ¡Asujetensén, ordeno!

Cuando a los milicos les pasaron rodando las voces (que seguían adelante e iban a meterse, inatendidas, claro, en los oídos de la comadreja) ellos quisieron sujetarse. Y hasta se echaron para atrás. Pero botas y alpargatas, como sucede, siguieron corriendo un trecho por su cuenta. No había boca que al dueño no le pareciera chica, de tanto aire que reclamaban los pulmones. Y a la comadreja se la había tragado la tierra.

Mientras, los veía retornar y recibir la incorporación del que había caído.

- ¡El recluta! ¡No te dije! ¡El recluta! - , el Tigre que así bramó, estaba calculando que, co

mò todos eran culpables, no tenía con quién mandar los a las guascas y quién los cuidara.

- ¡Si solamente quedo yo solo en libertad, esto no tiene fundamento!

Y se dio vuelta sin esperarlos, para cruzar el patio, apagar y encender su fulguración al pasar bajo el ombú, y atenuar definitivamente aquellos brillos al meterse en la Mayoría y ganar su silla. Mas sentarse y quedar de pie fue todo uno.

- ¡A que se me han alzado con el tintero!

De un manotazo levantó el lindo quepis. Apareció el tintero.

En seguida el sargento primero Cimarrón asomó cauteloso la cabeza, trepidante por el jadeo, y la volvió a retirar como si le hubieran salpicado la cara con agua caliente.

- ¡Sargento Primero!

Ahora éste se recortó de cuerpo entero en la puerta, haciendo la venia y tartamudeando:

- ¡A la orden, mi comisario!

Parecía que, del susto, había quedado más chico, Pero lo que en realidad acontecía era que en la corrida se le había bajado el cinto y las rojas bombachas estaban casi en el suelo, como polleras.

- ¡Haga formar, que voy a pasar revista a la tropa!

Desapareció el Cimarrón. Se oyeron voces de mando, ruido de sables, otra vez. El Tigre se miró

los pies y, regulando el paso, salió bajo esa vigilancia al patio, envuelto en luz. Al aparecer, ya llevaba erguida la frente, pero tan crispada por la ira, que veía por entre los pelos. Con todo, se contuvo en el marco de la puerta para dar tiempo a que los rezagados soldados Mao Pelada, Tamandúá, Avestruz, el asistente Macá y el recluta Carpincho, lleno de tierra, engrosaran la fila.

Atrás, a dos metros, uno de los ombúes hacía gigantesco dosel al marcial cuadro.

Delante de la tiesa milicada el sargento Cimmarrón ponía la vista tan fija en el filo de su machete que la mirada salía de allí partida en dos.

El jefe empezó a recorrer la formación cortándole la respiración al que le llegaba al lado. Pasó casi rozando a los soldados Macá, Aguila, Cuzco Overo, Cuzco Barcino, Gato Pajero, Gavilán, Yacú Flamenco, Mao Pelada, Tamandúá, Avestruz, recluta Carpincho, (faltaban en comisión los soldados Carancho, Cigüeña, Carao) pasó frente al cabo Pato (faltaba en comisión el valeroso cabo Lobo).

Formaban por orden de estatura. Como son de la misma medida los uniformes que se envían de la capital algunos soldados, los más bajos, parecían metidos a medias dentro de un atado de ropa roja, de tan bajas que tenían las abollonadas bombachas.

Otros, como el viejo Avestruz y el Recluta y el Flamenco, en la extrema derecha - donde la línea de quepis daba un brusco salto hacia arriba - dejaban asomar la mitad de la canilla porque, para peor, éstos estaban con las alpargatas de cuando abandonaron el lecho. Los sables de reglamento, iguales como eran todos, por relación allí cambiaban de tamaño hasta lo que no se ha visto nunca. Los del Avestruz, del Mao Pelada, del rechoncho recluta, les pendían como espadines. Y el Pato, los Cuzcos, el Gavilán, el Yacú, el asistente Macá, etc., de tan grandes que les quedaban, parecía que andaban con armas de monumento. Para la variante de los quepis no era la estatura lo que obraba sino el grandor de las cabezas. Así, el Carpincho tenía que llevar el suyo a la nuca porque no le entraba ni haciendo fuerza. Y el Avestruz, el cabo Pato, el Aguila y otros tantos, sudaban a ciegas, pues, así como estaban, en posición de firmes, no se los podían acomodar e iban seles hundiendo hasta el pescuezo, en el jadeo.

Faltaba una chaquetilla, que fue la que se quemó con el finado cabo adentro cuando el personal de la comisaría acudió a apagar el incendio del rancho de las Nutrias, en Puntas del Estero. Por eso, el recluta Carpincho estaba de particular hasta la mitad.

Después de ir de extremo a extremo, el comisario había vuelto a situarse al centro y de frente. El sol le daba de lleno. Medio cuerpo lo tenía envuelto en rutilaciones.

- ¡Esto de que se pasen todo el día tocando la guitarra y chupando caña, trae estos resultados!

El Tigre hizo un esfuerzo por callar al sentirse impulsado a hollar el terreno de las confidencias. Pero no pudo.

- ¡Sí, chupando caña, he dicho! ¿O se creen que no me doy cuenta que toditos ustedes esperan a que yo empiece a pegar unos tragos y, cuando se aseguran que ya no les puedo sentir el olor, se prenden como mamones a la bebida? Ahora que se me ha acabado la pacencia, sepan que ustedes a mí no me engañan; que lo que hay es que he sido un padre para toditos. ¿Cómo se cayó al agua el finado hermano de éste? ¡En tranca! (Cual si el aludido fuera él, se estremeció el soldado Flamenco) .¿Cómo se incendió también él en el incendio, el finado cabo? ¡En tranca! ¿Cómo te caíste del mangrullo, vos, Mao Pelada, y no quedaste como bosta porque recién llevabas subidos la mitá de los travesaños? ¡En tranca, caray! ¿Cómo, sin estar en esas condiciones se puede dejar, no más, una plancha caliente arriba de la ropa? Y, oigan

lón bien: ¿Para qué, Cuzco Overo (casi se vino al suelo ese soldado de tanto que inclinó la cabeza arrepentido de todo lo que fuese a revelar el acusador), para qué te ponés a jugar como que me das serenatas por la ventana, y me hacés quedar adentro del cuarto, aprovechándote...?

Iba a decir: "De que soy loco por la música", pero se sonrojó a pesar de su furia. Y quedó con el pensamiento saltando sobre la última palabra hasta que de ella obtuvo una transacción con las que debían seguir:

- ¿...aprovechándote... aprovechándote vos, sí, de que un poco me gusta la música, cuando quieren refrescar a alguno en el barril del agua o acostarlo porque se le ha ido de más el codo? ¡Sepan al fin la gran verdad! ¡Yo me doy cuenta de todo! ¡Yo te voy a dar música, de aquí en adelante! Cuando te vea otra vez con la guitarra en mi ventana, voy a registrar hasta abajo de los cates! ¡Y al que pesque durmiendo la mona lo voy a hacer pasar por las armas como no lo he hecho nunca aquí: en público y con todas las formalidades, para ejemplo!

Los soldados respiraban a escondidas, de "firmes" que se ponían.

- Y ahora, de aquí voy a destacar dos partidas que han de salirme para darme con la ladrona. Cuando regrese el sargento Cuervo, él se va a po

ner al frente de un piquete. Y usted, sargento Cimarrón, usted me va a tomar tres hombres, vos y vos y vos- y señaló al soldado Cuzco Barcino, al soldado Avéstruz y al soldado Mao Pelada -, y me empieza desde ya la persecución.

Miró al conjunto con ganas aun de patear en particular a cada uno, y gritó, subiéndoselo la sangre a la cabeza, de la fuerza:

- ¡Rompan filas!

Giró casi sobre las espuelas de tanto que se había echado atrás y, entonces, se topó con un charabón que, embobado, estaba hacía ratos contemplando el marcial espectáculo .

- ¡Y usted qué pucha está haciendo aquí!

Se hizo un arco el interpelado porque no pudo mover los tamangos para, aunque más no fuera, dar algún paso atrás. Y, cerrando los ojos quiso entregar algo, más muerto que vivo. Pero no podía. Porque buscaba el bolsillo y lo único que hacía era refregarse la ropa, temblando. Al fin consiguió llegar a la carta.

- Aquí le mandan... de la Pulpería..."La Blanqueada".

- ¡Ah, usted es un propio! - exclamó, serenándose, el Tigre -. Entonces, bueno, sigamé para el despacho.

Y se introdujo en la Mayoría apagando luces en su ropa.

Ya sentado en el escritorio observó para dónde era el derecho del papel y empezó a leer con minuciosidad aquellas letras redondas y claras, como de tenedor de libros, no más, que en el pueblo había sido el de la misiva hasta que se produjo el desfalco y ganó tierra adentro.

Como cuando hace horas que está la mañana pero, sin embargo, todo sigue envuelto en un sucio gris cuajado de nubes negras y, de pronto, entra a tallar el pampero y van entonces surgiendo los cerros y las colinas y los montes, y las cosas todas pierden su soledad, recobran su color y sienten, al fin, recíprocas, que siempre siguen formando parte de lo infinito del mundo, así, poco a poco, un aire de complacencia le iba creciendo al comisario Tigre a medida que se internaba en la lectura. Fuéronse abriendo de par en par los párpados; aparecieron enternecidamente sus colmillos inferiores, y el pequeño charabón, repuesto ya de la impresión de ver manifestarse en semejante forma aquel asombro, dejó, no más, a sus pulmones, que respiraran a gusto.

De pronto la autoridad alzó la vista y miró sonriente al mensajero, que se achicó y cerró los ojos como si le hubieran cruzado fuego por la cara. Pero tan abstraído se estaba poniendo el Tigre, que ni siquiera se dio cuenta de las sensaciones

que provocaba.

- ¿Ahá?... ¿Entonces...anoche...don Juan...ha hecho una fechoría con el Peludo y lo ha dejado por muerto...? ¿Ahá?... ¿Así qué...?

Al bajar los ojos, un instante contempló como a un plato de miel el conjunto de la carta y retornó, apenas musitando, el paciente delecto:

"...Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa. Y más que cuando el finado. Es muy justo que la policía tenga más parte que hasta la fecha porque bastantes calentaderos de cabeza les dan las pulperías, que es un abuso. Ahora paso a decirle que en caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera, entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted. Le garanto que con un poco de buena cabeza, la casa se puede ir a las nubes..."

El codo en el escritorio, el mentón en la palma, sin abrir la boca, el Tigre se quedó golpeando con la uña uno de los colmillos inferiores, caviloso. Después, volvió a achicar al mensajero al sonreírle con gentileza, diciéndole:

- Bueno, m'hijo, podés retirarte. Y le decís a tu patrón que me he hecho cargo de la denuncia. Y que de lo que sigue más abajo, yo voy a ir esta tarde a hablar con él en persona.

Echándose a la nuca el quepis volvió a acodarse y apoyar ahora la cara en la mano. Y siguió golpeándose el colmillo, la vista fija en el ángulo en que la pared del frente se juntaba con el techo. De súbito, viva y encapotada, la mirada se apartó de allí. Y el comisario se irguió en su silla. Le habían llegado rumores de sables. Pero al mezclarse, atenuándose con un trotar de caballos que al tiempo que se apagaba se convertía en galope, la vista volvió a ocupar su reciente sitio, a dulcificarse, embebecida otra vez.

- ¡Hum! ¡Hum! ¡Iguala!...! ¿Pero qué voy a hacer yo de socio de una casa de comercio, no me dice? No digo antes, cuando muchacho; ¡pero a esta altura!...; Si uno ya no está para nada! Uno ya no sirve más que para mandar. A mí, que me den plata... si el Peludo se muere. ¡Que tiene que morir, no faltaba más; que ahora no nos va a salir levantándose de la cama! ¡Y si no se muere él solo se le obliga!... ¿Ahá? ¡Ahora sí voy agarrando el hilo...! Lo de enseñarlo a enlazar de noche, fue una embocada urdida de lejos, con tino, por la heredera. Don Juan, en eso, no viene a ser más que el cómplice. Y eso es lo que rumbea el dependiente cuando me dice,

Volvió a tomar la carta y la hizo girar entre las manos hasta que la firma quedó hacia abajo.

- Sí, ¿a ver?

Recorrió desde el principio, por encimita, hasta hallar el párrafo revelador; aunque se detuvo varias veces ante ciertas íntimas sugerencias que le paraban en seco los ojos.

- "...Coima y todo"... "más que cuando el patrón"... "es muy justo"... Sí, aquí es: "En caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera..."

Aunque lo que buscaba era sólo esa parte de la carta, los ojos se le fueron como por un cuesta abajo y él siguió atrás, deletreando con ese afán de la marcha del rengó a la zaga de la manifestación:

- "...entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted..."

Se interrumpió para decirse con dulce sonrisa interior:

- ¡No, qué iguala! ¡A mí vos me vas a agarrar de socio si sos brajo, botija! Tendría que poner la comisaría en el mostrador para vigilar que no me hagas mal tercio...

Como él no podía leer en silencio, y como decir dos cosas a la vez es imposible, sólo se vio ir con energía de un lado a otro el plumacho del quepis, trazando negaciones a cada palabra de las que siguieron:

- "...Le garanto que con un poco de buena cabeza la casa se puede ir a las nubes."

Y al llegar al punto final, soltó un ¡No! más firme que un cerro. Alcanzó el quepis ya sobre el hombro, se lo acomodó otra vez y volvió a rozarse la dentadura con el dedo, entrando a meditar, la cara casi horizontalizada sobre la mano:

- Ahora, lo que hay que hacer es desenredar bien la madeja. Muerto el Peludo por cuenta propia o con alguna toma o por desacato a la autoridad, que es fácil, a Don Juan se le da una buena estaqueada y confiesa la gran verdá de que la Mulita le pagó para que organizara la muerte de su tío. Y si no quiere confesar, se le enchaleca y, después que vaya, si quiere de muerto, a desmentir que no ha declarado eso. ¡Pero mire la Mulita, de asesina! ¡Quién lo iba a pensar! Es que yo siempre digo que uno ve caras pero no ve corazones.

Y se incorporó, exclamando en alta voz tranquila:

- ¡Por suerte, ya tenemos todita la madeja desenredada!

Al salir al patio, de todas partes, aunque más numerosos de entre las raíces del ombú, brotaron soldados como con resorte, en posición de firme y haciendo la venia. En seguida, un Cuzco ensilló y salió a todo lo que daba, de chasque. Llevaba la misión de alcanzar la partida del sar

gento Cimarrón, destacada en persecución de la la drona Comadreja, y ordenarle que de inmediato fuera a prender a Don Juan, con carta blanca para ha cer lo que requirieran las circunstancias, si se resistía.

- ¿Dónde tienen las estacas de cuando el finado Lagarto? - preguntó el comisario cuando ya tornaba a la Mayoría-. Sáquenlas y delen una mano de grasa a las guascas para que estén bien suaveci tas.

Como ahora estaba contento, al ir a entrar a su despacho se hizo cargo de la situación en que quedaban sus subordinados ante la ambigüedad de la frase, y le vino lástima al Tigre. Por eso, al zando una mano y agarrándose al marco de la puerta, aclaró, hecho un padre hacia el milicaje que, en efecto, se había quedado con el alma en un hilo cuando oyó la mención a los útiles de estaquear:

- Pero miren que eso no es para ninguno de ustedes, les prevengo. Lo que pasó con la presa, eso queda borrado y empezamos de nuevo. Al que vamos a meter en las estacas es a un malhechor muy jarifo, cuando me lo traiga la partida. Ya sa ben: por esta vez, estensen tranquilos. ¡No se preocupen!.

CRÍTICA



NACION Y PAIS

(Fragmento del estudio preliminar a la edición oficial de "Soledad", de Acevedo Díaz)

Tenemos que salvar la mayor extensión posible del pasado para que siga actuante en el presente a fin de ir "formando" la nación. Porque todavía no somos del todo una nación. O lo somos menos que antes, en el mayoritario desdén actual por lo nuestro. No lo seremos bien hasta que se hagan de finitivamente ostensibles y actúen decisivas las peculiaridades intrínsecas. Y éstas no se desarrollan cuando nacen recién con un pequeño grupo de individuos; éstas crecen y se imponen gracias a la acción que, como formas del pasado, ejercen con su presencia en el espíritu del póstero. La nación, peligrosamente, es un estado fluctuante de una colectividad humana. Tiene períodos de debilitamiento y acentuación. De cada generación depende que ella sea, y el grado de su ser. El individualismo, en el mal sentido de la palabra, en lo que tiene

de egóismo, de aislamiento, de soledad intrínseca, y en lo que tiene, a la vez, de creador de tétricas atmósferas de aislamiento y de soledad, también, entre aquéllos que desearían muy distinta cosa, nace en el seno del país debilitado por desconexión de sus habitantes con su pasado personal y con su proyección, que es el pasado colectivo. El niño debe vincularse por sus padres a sus abuelos, a la tradición familiar. En el hogar debe haber la mención constante de los antepasados directos, por modestos que ellos sean, ya que constituyen los eslabones que se tienden hacia otros de una más sagrada cadena. Es preciso advertir que lo que llamamos engendrar, lo que llamamos gestación, no termina con el alumbramiento. El espíritu obra con mucha lentitud sobre la obstinada materia. El hijo es verdaderamente hijo, ha terminado su gestación recién cuando es hombre maduro, con la madurez de su hombría. A esa edad todavía se siguen haciendo ostensibles nuevos rasgos psicológicos y físicos de sus progenitores. La fusión total de los elementos paternos y maternos, el ligamiento definitivo de los padres, que es el hijo, se consume bastante tarde. Un niño, un adolescente son, apenas, el huevo. Como en la leyenda popular del quelonio, según la cual éste deposita los huevos en la arena y toma distancia y permanece los días y los días mirándolos sin de

jar de mirar, en el hombre los padres siguen empujando con los ojos; con los ojos físicos y los ojos del espíritu. Si no, no hay hombre completo, es decir: buen hombre, pues. Y los ojos del espíritu miran de manera tan singular por su fijeza, que es preciso que nosotros busquemos su dirección y que pongamos el alma, la atención del alma, delante de ellos, a vivificarnos a la luz de su contemplación sobre nosotros.

Lo que el individuo, debe hacer cada generación. Levantar en la conciencia la historia de su pueblo, que es dejarla actuar dentro del alma; que es nada menos que destruir el tiempo y presentizar lo todo; que es, en lo terrenal, cumplir el versículo del Oficio de Tinieblas: "¡Oh, muerte, yo seré tu muerte!"

La triste verdad es que hoy somos menos nación que hace ochenta años. Porque se puede perder la nación en pleno ejercicio de la soberanía. Y nosotros creemos que la nación se nos está yendo de entre las manos. País, en el sentido absoluto del término, es territorio. Nación, significa el cumplimiento de ciertas precisas constancias en los nacimientos. País es tierra física. Nación, espíritu enterrado. Es preciso una integración de alma y de tierra para que exista patria, patrimonio; y la nación es, precisamente, su testimonio. Historia nacional no es otra cosa que el haz de sig-

nos de esa aproximación de los opuestos; de la tierra y del espíritu. Los países son grandes o pequeños, según sus límites geográficos. Pero a las naciones ya no se las puede medir así. Grecia es más grande que el imperio británico, que Rusia, que los Estados Unidos. Y hubo naciones sin país, nacidas-terradas: la nación judía, ejemplo en tantos sentidos, para tantos. Lo fue en esas condiciones durante 19 siglos. Y no dejó de ser, por eso. Y no lo será más ni mejor hoy que está de nuevo asentada sobre su viejo suelo. Y no lo será más ni mejor porque no necesitó tierra, país, para recordar, para tener presente su pasado. Porque cada hebreo pudo hacer suyas, siempre, las palabras del salmista "Mi lengua se pégue a mi paladar y mi diestra sea olvidada si no me acordare de ti; si no hiciere su bir a Jerusalem en el principio de mi alegría."

Más que nunca necesitamos hoy elementos aglutinantes, factores que consigan, por sobre las diferencias individuales, enérgicos nexos colectivos. Difundir y explicar la obra de Acevedo Díaz tiene ese valor. Y en el más alto grado. Porque muy pocos de los nacidos en este suelo presentan tantos elementos vinculadores, y con tanta grandeza.

RECUERDOS DE INFANCIA

(INÉDITO)



LAS RATAS
(Fragmento)

Me veo, siendo muy niño, siguiendo una mañana hacia el fondo de la vieja casona del abuelo a una criada que, entre espavientos, portaba una gran caldera de agua hirviente. El fondo era extenso. A un lado, estaba la caballeriza y el altillo para los forrajes, largos de diez metros. Al frente, las piezas de la servidumbre y de los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambre que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula, arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabecitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían mirar.

De pronto, profiriendo a gritos:

"¡Destrocen, ahora!" "¡Traigan pestes, ahora!", la mujer alzó la caldera. Un chorro humeante, un solo, breve chorro, cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose y se encogieron en

tre ahogados chillidos. La maldita jaula se estre-
 meció, se dio vuelta, rodó, saltó, despidiendo un
 pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se pa-
 raban en dos patas las infortunadas, rascando con
 las uñas los fatales alambres. Y caían. Y en bo-
 tes de epilepsia se destrozaban los hocicos bus-
 cando salida. Inexorable, la criada dejó caer un
 nuevo chorro; esta vez prolongado, perseguidor.
 Sin voz de horror, ya permanecía inmóvil, con los
 ojos secos, vueltos vidrio. Entre el clamor de
 los chillidos, la jaula daba tumbos, crujió a in-
 flujo de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían
 los dientecillos en las crispaciones del martirio.
 ¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó, encogiéndose brusca y es-
 tirándose luego, imperceptiblemente. Entonces, en-
 loquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo
 el cuerpo inerte. Pero alcanzada otra vez por el
 agua, tocó el techo, de un brinco, rodó también,
 temblando, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la ter-
 sura de aquellas pieles grises. La mujer se ale-
 jó sin mirarme. Yo...yo no había recibido toda-
 vía el golpe de saber que las oraciones aprendi-
 das eran sólo para los humanos; que lo demás, las
 plantas, las bestias, la tierra toda quedaba fue-
 ra, en el horroroso desamparo de la nada. Al sa-

lir de mi anonadamiento, pues, me arrodillé. Y elevé mis preces a Dios por las almas de las dos bestiecillas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz se posesionó de mí. Volví al patio. Entré al cuarto donde mi madre yacía en cama, enferma. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciar. Ella extendió el brazo, y acarició mis mejillas. Estaba ojerosa y pálida. Bella como la que, allí mismo, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Mi madre me cantaba siempre la canción de un viejo arpista muy pobre, con varios niñitos, a quienes tenía muy poco que darles de comer. Una noche de lobos en que llegó sin nada, al oír "¡Danos pan! ¡Tenemos hambre!", desesperado, se puso a tañer el arpa. Ellos danzaban. Danzaban hasta caer dormidos, a sus pies, para no abrir ya nunca más los ojos.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños hambrientos.

-Mamá - dije, trepándome a la cama - cántame lo de los niños.

Ella sonrió, melancólica. Me situó de manera

que yo no tocara su vientre, y accedió con su cara junto a la mía. Pero su acento, ahora, evocaba en mí más que niños danzando hasta morir bajo los sones del arpa. Yo veía también ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De pronto, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba llorando mi madre. Evocaba por su parte, sin duda, ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el que iba a nacerle, que nos hundiríamos pronto en el incierto, hoscoporvenir. Recién terminaba una guerra. El padre, herido, todavía no había llegado; en los fogones revolucionarios las brasas ardían, aún... Y siguió con un acento triste, como nunca, como jamás había cantado, mientras mi alma se iba sintiendo presa de un oscuro y poderoso infortunio que me fue estrechando cada vez más a ella, hasta que de pronto, lanzó un gemido mi madre.

Una anciana negra, arrojando su cigarro a medio fumar, entró al cuarto y, a pesar de las protestas, me llevó afuera.

En el patio, junto al pasillo de la puerta de calle, sobre una pequeña mesa, había siempre una bandeja con monedas para los mendigos que acudían diariamente. Al pasar junto a ella me asaltó una súbita idea que quise rechazar, lleno de susto. Pe

ro ella, lenta y seguramente, fue ganando mi volun tad. Se disfrazaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y se ocultaba en seguida, conducía mi imaginación hacia los estantes del vecino almacén y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones, ha cía las negras cuevas de las ratas...

Desde ese momento, muchas veces, me dirigía a la caballeriza, subía por la escalera hasta el vas to altillo, me tumbaba entre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido...; Ah! Era de noche, imaginaba yo, era de noche en una inmen- sa planicie solitaria. Me veía, a la luz de la lu na pálida, con las manos desbordantes de exquisi- tas confituras. Y de todos los puntos del horizon- te irrumpían entonces, las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanza- ba el pardo tendal como tibia marea de lava: Mis manos se abrían inagotables. Y los míseros roedo- res devoraban, junto con los dulces dones, mi ter nura irresistible y desbordada. Lejos las trampas traidoras, las criadas crueles, los hume antes cal- deros. En la vasta planicie ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incor- poraba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban éstos entre mis piernas. Co- gían en el aire los trozos de pan, de queso, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos mis brazos arrojábanles en derredor a las lejanas.

Luego, calladamente, bajo la luna pálida, íbanse alejando hacia detrás del confín. Y quedaba yo solo en la vasta planicie. Solo, grave y amoroso, como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

Pero pronto la realidad volvía, y me asaltaba la desolación. Deambulaba sin sombra por la enorme casa. Yo, niño, entre las campanadas de las altas torres que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¿Malditas las que roban, destrozan, contagian las pestes? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y me escurría por entre las patas de los caballos y trepaba al altillo a reñonar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño exigió algo, aunque fuese un poco, de verdad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, de sabrosas provisiones. Pero entonces me ahogaba la congoja. La sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mover mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo mascar de los caballos. Este rumor oscuro, paciente, se fundía al oscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y oscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un deson

perado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotés de jaula. Hundía la cara entre el pasto seco, cuyo perfume traía también sus peculiares sensaciones de oscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas por debajo del vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de policías emponchados, que atravesó el pueblo, cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza, que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, seguido de patibularios emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre ...

Pero triunfó mi piedad. Y atravesé el patio. Y robé. Y compré. Y repartí entre mis invisibles amigos, echándoles dentro de las cuevas el botín de mis robos y mi amor.

Pasaron los años. Dejé el pueblo por Montevideo. Pero me ahogaba. Regresé. Y mi corazón me fue arrasando hacia las míseras cuevas de quienes suelen destrozar, llevar las pestes. Ahora, éstos eran hombres. Sin saberlo, fue entre ellos, entonces, como si yo estuviera de nuevo en el fondo con cuevas de ratas de la vieja casona de mi niñez. ¿Prisiones?

¿Castigos?

¡Ah, Dios mío!

Este libro se terminó de
imprimir el día 26 de agosto
de 1957 en el Liceo
"Dr. Alfonso Espínola" de
San José.

HOMENAJE DEL LICBO DEPARTAMENTAL
DE SAN JOSE URUGUAY